



LISE ANDERSEN

Una sombra muy oscura

Sencilla y
conmovedora
historia sobre el
bullying y sus
consecuencias.

01



edebé
Editorial Don Bosco

CAPÍTULO 1

¡Nunca había corrido tan rápido antes! ¡Era el corredor más rápido del mundo! Tan joven... Nunca antes se vio algo igual. Entraría en el libro de récords Guinness. *¡Andrés, 10 años hoy ha batido un récord que recorre el mundo! Televisión, radio e Internet.*

¡Ah!, jadeaba tanto como Texas, el perro viejo del vecino, cuando corría detrás de la pelota que le había tirado. Mamá decía que no lo hiciera porque era tan viejo que no lo soportaría. Pero a veces, no hacía caso y lo hacía igual. Texas lo amaba y él lo encontraba entretenido.

No, ahora tenía una puntada en el costado. Tenía que parar.

El locutor decía por los altavoces: ¿qué es lo que está pasando? El joven Andrés justo antes de la meta... ¡no, no creo lo que ven mis ojos! ¡Para! No lo va a lograr... la voz del locutor se quiebra...

Andrés se dobló, recobrando el aliento como si fuera a inflar un globo. Sentía que le zumbaban los oídos. ¡Ojalá no se desmayara! Estaba mareado y tuvo que apoyarse en el muro. La polera estaba tan mojada que se le pegaba a la espalda. ¡Agua! *¡Está sediento en el desierto del Sahara y daría todo: sus LEGOS... incluso su celular, por un vaso de agua! (¿Además para qué sirve un celular en el desierto? ¿Acaso eso lo ha salvado? ¡No, Señor!) ¡Ha gateado varios días por la arena, ha sentido*

el sol quemarlo, necesita agua si no se muere!
¡De inmediato!

Arregló la mochila en la espalda y siguió hacia casa.

«¡Hola... soy yo!». Se quedó escuchando, pero no oía nada. ¿Mamá todavía no llegaba? Entonces sintió el ruido de la habitación de Tomás. Estaba frente a la tele con su *PlayStation*. Abrió la puerta de un golpe. «¡Hola!».

«Oye, me asusté», dijo Tomás, pero volvió a mirar la pantalla. Titilaba con disparos, rayos y gente que no podía evitar ser atacada por el asesino en serie Tomás. «¿Dónde está mamá?». «Llega más tarde...», respondió Tomás.

Andrés se dio cuenta de que Tomás no quería conversar. Siempre estaba frente a la tele o el computador. Si no fuera porque mamá decía que tenía que ir al colegio, estaría allí todo el día. Al final, echaría raíces en la silla la que se levantaría junto con él. ¡Tal vez incluso se olvidaría de comer, se reduciría a la nada, y un día estaría sentado como un tallo seco y se moriría! Si no fuera por mamá y papá, solo tendrían un niño, él... ¡Andrés!

La idea era que compartieran el computador, pero Tomás nunca se lo quería pasar. Y no quería pelear por eso. ¡Igual no le gustaba estar allí mirando ese aparato todo el día! Pero si lo dijera en voz alta, la gente pensaría que estaba loco, de modo que mejor no decía nada.

CAPÍTULO 2

Vagó un rato por la sala de estar. Había tirado la mochila en el piso del lavadero. Entonces abrió el refrigerador... ¿habría algo decente de comer? Una leche con chocolate. La sacó, estaba casi vacía; Tomás había llegado antes. Entonces tomó lo que quedaba y una gota marrón corrió por su pera. Se la limpió con la mano. Tele... ¿habría algo para ver? Tomó el control remoto, hizo un rato *zapping* y la apagó. Podría arreglar su bicicleta, le hacía falta una mano.

En la bodega encontró un guaípe y se puso de rodillas a limpiar los radios. Contempló el resultado... se alejó un poquito. ¡Wau, estaba impecable! ¡Casi como nueva! Aunque faltaba poco para que le quedara chica, ya no se podía subir más el asiento. Mamá a veces se quejaba de que crecía muy rápido. A cada rato tenía que bajarle la basta a los pantalones para que no le quedaran cortos o comprarle nuevos.

Iba a dar una vuelta en bicicleta. Pero cuando salió a la calle, el viento se le metió por la nuca y le provocó piel de gallina. Tenía que pedalear rápido para entrar en calor. *Está escapándose. Una pandilla completa ha descubierto que presencié un ataque brutal. Tenía que darle duro a los pedales. ¡Escucha que se acercan! ¡Tam-*

bién usan un helicóptero! Su zumbido está justo encima de él. ¡Es un Black Hawk o quizás uno de muerte sin piloto! ¡En un momento echará fuego de su hocico sobre él! ¡Lo convertirá en una columna de fuego humeando allí mismo en el medio de la calle!

Ups, aquí tenía que tener cuidado porque los autos no siempre veían a un ciclista escapando como él. Iba tan rápido que no lo podían seguir con los ojos.

Radar... ¡seguramente está en su radar! Puede escuchar los celulares enviar mensajes: ¡pongan atención a un niño de diez años! Polerón con diseño, jeans, zapatillas. Rubio, pelo corto. Pecas en la nariz. ¡Tiene que alejarse de ese helicóptero!

¡El sudor goteaba de su cara! ¡Jadeaba peor que un dragón! ¿Saldría fuego por su boca ahora? Dejó la bicicleta correr sola y miraba alrededor. Ya estaba fuera de la ciudad. Entonces miró el reloj. ¡Rayos! Tenía que volver a casa. Mamá habría llegado hace rato y tenía tareas para mañana. Dio una vuelta ancha y empezó a devolverse para la casa.

Al dejar la bicicleta en la bodega se dio cuenta de que sus manos estaban negras como la tierra, sucias de aceite y grasa de bicicleta. Mejor se las lavaba. Fue al baño a lavarse con jabón. Se necesitaba mucho jabón, entonces el jabón se deslizó entre sus dedos y cayó al piso.

¡Es cazador en Groenlandia y ha cazado una foca solo con las manos! ¡Se tira encima del animal en la capa de hielo resbaladiza! Pero se le escapa y se mete debajo de la mesa. ¡Ha perdido su lanza así que solo tiene las manos para capturarla! ¡La pilló! Pero se desliza entre sus dedos y choca con el espejo.

¡Uy que desastre! ¡La toalla!, la tomó para limpiar el espejo. Pero ahora ni siquiera se ve a sí mismo en él. ¡Pasaba la toalla por el espejo, pero empeoraba las cosas! Agua. Llenó las manos con agua y la tiró sobre el espejo. Todo el baño estaba lleno de agua, y la foca... ¿dónde estaba? La toalla estaba mojada así que tuvo que usar papel higiénico.

Se sobresaltó cuando la puerta se abrió. «¿Qué está pasando aquí?». —Era mamá. Estaba con las manos en la cintura. «¡Pero mira lo que has hecho!». ¡De sus palabras colgaban barras de hielo como si llegaran directamente del Polo!

«Yo... yo estaba lavando...», no le podía contar sobre la foca.

Lo espantó con las manos. Significaba que tenía que salir del baño. Ella suspiró profundamente y empezó a limpiar.

CAPÍTULO 3

Llega un nuevo alumno al curso hoy, dijo Gabriel, su profesor jefe. Es completamente innecesario decirles que lo reciban bien. Sé que lo harán. Escribió su nombre en la pizarra. «Gaspar Martínez». No era necesario escribirlo.

El sol goteaba por la ventana como pequeños pozos de luz y dibujaba señas secretas en el piso.

Finalmente, sonó el timbre para el recreo. Las sillas cayeron con mucho ruido y Gabriel levantó las cejas, pero no dijo nada. Igual, no lo hubieran escuchado.

Corrían hacia afuera para jugar al juego del último recreo: molestar a las niñas. Andrés corría detrás de los otros chicos, aunque era Ramiro quien lideraba junto con Michael. Andrés ni siquiera alcanzaba a tocar a las niñas, que chillaban y escapaban volando como pájaros asustados. Algunas devolvían los manotazos. Las trenzas largas de Cristina estaban expuestas a las manos ansiosas de los chicos. Las escondió debajo de la blusa.

Gaspar era muy grande, más grande que Michael, que era el más grande del curso. No miró a nadie, pero se sentó donde le había indicado Gabriel.

Andrés le veía la espalda. Su nuca era rosada y el pelo corto. Pero destacaba más el hecho de que era tan grande. Como si pudiera estar en quinto. ¿Cómo sería?

Cuando sonó el timbre la mayoría de los chicos se juntaron alrededor de Gaspar. Era como si nadie supiera qué decir. Andrés estaba un poco detrás de los demás. Quizás eso le dio el coraje. Porque de repente se escuchó decir: «¿de dónde vienes?».

Gaspar dio la vuelta y lo miró directamente a los ojos, parecía incómodo. Como si lo midiera y lo encontrara demasiado chico. Gaspar no tenía cómo saber que los pantalones le quedaban cortos, que la bicicleta pronto habría que cambiarla por una más grande, pero por cómo lo miraba daba la impresión de que sí lo sabía.

Enronqueció aún más su voz, movió las manos sobre la cabeza y dijo: «Vengo de... de donde el diablo perdió el poncho». Todo el grupo se dobló de la risa. «¿Han escuchado eso? ¡Donde el diablo perdió el poncho!». Y como una gran ola la risa se propagó entre ellos. Andrés no se rio, pero intentó sonreír. No sabía si se reían de él o de Gaspar. «¿De-dónde-vienes?», se burló Gaspar y todos se rieron de nuevo. «¿De-dónde-vienes?». ¿Era raro preguntar eso? ¿No era más raro contestar “de donde el diablo perdió el poncho”?

Sonó el timbre. Tenían matemática con Luisa en la última clase. Gaspar se dio la vuelta y susurró tan fuerte que todos podían escucharlo: «¿Dónde

está *De-dónde-vienes?* Pues, allí está». Risas de nuevo hasta que Luisa los miró seria y golpeó la mesa con su regla.

Al otro día, cuando iba entrando, vio en el portón a Gaspar que estaba vigilando quién llegaba al colegio. ¿O lo esperaba a él? Un par de chicos estaban estacionando sus bicicletas. «¡Hola! ¡Mira quién viene allí!», gritó Gaspar tan fuerte que se escuchó en todo el patio. Gaspar escupió y se metió las manos en el bolsillo. Vigilaba a Andrés.

Andrés le puso el candado a su bicicleta y siguió sin saber a quién se refería Gaspar. Michael y Ali del curso miraron a Gaspar. Él apuntó a Andrés. «¡Allí está *De-dónde-vienes!*». Se reía y se golpeaba las piernas, y Andrés pensaba que tenía los muslos demasiados gordos. No solamente era grande, también era gordo. Michael se rio bajito, como para acompañarlo. Ali se encogió de hombros. Camino a la sala, Gaspar le contaba gritando a todo el mundo que por aquí iba pasando ese tal *De-dónde-vienes*. Nadie preguntó qué quería decir con eso. Y parecía que solo él lo encontraba chistoso.

En clase de educación física, tenían que elegir equipos para jugar balonmano. Gaspar estaba empujando a Ramiro, Michael se metió. Gaspar les susurró algo y todos miraron hacia Andrés

y se rieron fuerte. Andrés no solía estar entre los primeros elegidos, pero Andrés tiró la pelota. Gaspar estaba más cerca, pero no la agarró. «¿Por qué no la agarraste?», gritó Ramiro molesto. «¡No quiero tocar una pelota que él haya tirado!». Andrés miró a uno y a otro. Ramiro se encogió de hombros, pero seguía molesto. Andrés se esforzaba, pero sentía que no era tan bueno como normalmente.

CAPÍTULO 4

«¡Mira!». Era Tomás. Estaba jugando un nuevo juego. «¡Cuando pincho aquí, mira lo que pasa!». «No estoy ni ahí con ese computador tonto...», dijo Andrés. «¿Qué mosca te picó, Andrés?», le preguntó Tomás. «¡Ninguna!». Salió de la habitación de Tomás y cerró la puerta con un golpe. No tenía ganas de hacer nada. Y tenía tareas para el lunes... y ¿con quién iba a jugar? Podía dar una vuelta en bicicleta. Justo ahora no estaba lloviendo. ¿Quizás Pablo estuviera en casa o Nicolás? También podía llamar, pero no. Se fue a la bodega y sacó su bici, quería ver si alguien estaba en casa.

Nicolás solo iba en tercero... pero filo. Tocó el timbre y la mamá de Nicolás lo dejó pasar a la habitación. «¡Hola!». Nicolás no sacó la vista de la tele. «¡Hola!».

Andrés se sentó en la silla y miró el juego que estaba jugando. Acabo de hacer una súper estrategia, dijo, y volvió con sus soldados.

«¿Quién es quién?». Nicolás apretó y se escuchaban ráfagas de disparos de ametralladora. «Estos son los americanos, *Special Forces*». ¡Le dieron! Andrés podía ver la marca roja en la espalda, sangre.

«Sí... pero...». El soldado siguió corriendo aunque estaba herido. Pasó por encima de las mon-

tañas, a través de ríos, salpicando agua y enviando sus ráfagas mortales de ametralladora: *¡paw, paw!*, dejando oponentes muertos por todas partes. «Vamos a Hanstholm⁽¹⁾ a ver *bunkers* de verdad...», decía Nicolás. «¿Bunkers?», preguntó Andrés.

«Sí, hombre, como los que usaban los alemanes durante la guerra...». «Hmmm», dudaba Andrés.

Nicolás daba órdenes en inglés. Sonaba muy impresionante.

De pronto, Andrés siente que algo caliente baja por su espalda. Sabe que le dieron pero no debe pensar en eso. No pueden lograrlo sin él. ¡Es el mejor de los US Special Forces, perderán la guerra contra los cerdos negros si él no participa! Se aguanta el dolor. ¿Por cuánto tiempo puede resistir la pérdida de sangre? ¿Cuándo se prenderá una luz que indique que está muerto? ¡Resiste, se dice a sí mismo, y lucha a través de pantanos, aunque sabe que están llenos de mosquitos, y que va a contraer la fiebre de la selva y sudar hasta tal punto que se podría pensar que uno está en una bañera! ¡Y es sólo su propio sudor, hombre! Tiembla de fiebre, tanto que sus dientes castañetean, mientras una mujer negra le seca la frente.

«¡Mira! Ya casi están todos muertos. ¡He ganado!», exclamó Nicolás.

⁽¹⁾Hanstholm, ciudad en la costa de Dinamarca.

«¿No quieres salir a dar una vuelta en bici?», preguntó Andrés.

Nicolás niega con la cabeza. «No quiero», dijo y siguió disparando hacia los enemigos.

«Pues, bueno... chao entonces». Se fue sin que Nicolás levantara la cabeza. «¡Maldito juego idiota!», murmuró Andrés y se subió a la bici y bajó la calle a toda velocidad.

Al otro día Nicolás se había cansado de su *PlayStation*, o había acabado con todos los enemigos. Hoy, sí quería jugar. Se pusieron sus patines y compitieron en la colina debajo de la casa de Andrés a hacer vueltas cada vez más grandes, impresionantes, difíciles y peligrosas. Nunca supieron quién fue el mejor. Andrés pensaba que era él, pero no quiso decirlo. Quizás Nicolás se pondría triste... o se enojaría. Y era bueno tener a alguien con quien jugar. En la tarde salió el sol e iluminaba los charcos de agua con una luz rara, brillante. Andrés tenía los cachetes colorados y mucha hambre cuando se sentó a cenar. Mamá y papá tenían visita. Ni él ni Tomás querían estar en la mesa. Los adultos hablaban de cosas aburridas a morir, y brindaban, se reían mucho y volvían a conversar. Podían estar así horas en la mesa, sin nunca terminar.

«Bueno...entiendo», dijo la mamá de Andrés. «Entonces comen en la cocina los dos antisociales». Se rio un poco y despeinó con cariño a Andrés, una mecha le cayó sobre la frente.

«¡Ay!», dijo Andrés, aunque en realidad no le dolió para nada. Tomás buscó bebida y Andrés empezó a comerse la porción que su mamá le había servido antes de llevar la fuente al comedor. Uhm, qué rico excepto los champiñones, los dejó en el borde del plato.

¡Cómo se reían en la sala de estar! La risa de papá dominaba todas las demás. Ahora seguramente estaba contando historias. Él mismo se reía más fuerte de sus propios chistes. Andrés no siempre entendía el remate, pero se hacía el que entendía y papá nunca caía. Se recostaba en la silla, cerraba los ojos y se reía hasta que le caían lágrimas, como si nunca hubiera escuchado algo tan cómico. ¡Era vergonzoso tener un papá así! Pero fuera de eso era un buen papá. No lo retaba tanto como el de Nicolás.

CAPÍTULO 5

Era lunes por la mañana. «¡Vamos, levántate, Andrés!», Mamá lo sacudía. Pero se dio vuelta y cubrió la cabeza con el plumón. La escuchó suspirar e irse a la habitación de Tomás.

Tuvo que haberse quedado dormido porque, de repente, era Gaspar quien lo sacudía. Despertó de inmediato y sintió alivio al ver que era mamá y no Gaspar.

«¡Si quieres irte conmigo, tienes que levantarte ya, Andrés! Si no te vas en bicicleta». Cuando se giró para salir de la habitación, dijo: «está lloviendo».

Tanto él como Tomás alcanzaron el auto, de modo que comenzaron el día con ropa seca.

El fin de semana no había cambiado en nada a Gaspar. Por el contrario, fue como si se hubiera anticipado al lunes y buscara nuevas maneras de seguir molestando a Andrés.

Gaspar escribía notas a las chicas y firmaba con el nombre de Andrés. Andrés también recibía sus notas. «*¡Todos saben que te acuestas con Susan!*».

¡Y por qué justo Susan! Susan pasaba los recreos sola porque las otras chicas no querían jugar con ella. Una vez trajo queso en su lonchera. Apestaba. La molestaron mucho tiempo

por eso. Las chicas susurraban y soltaban sus risitas. Los chicos en realidad no participaban. ¡Para colmo, en otra oportunidad, su mamá fue tan tonta que le había enviado huevo en la lonchera! ¡Imperdonable! De nuevo tuvo que soportar las burlas y nadie quiso dejarla participar en los juegos. Ya no la molestaban, pero pasaba sola los recreos, como si todavía tuviese pegado un poco el olor a huevo.

Sintió que se sonrojaba. ¡Qué estupidez más maldita han inventado! Entonces, estando en clases, ¡le tiró una pelotita de papel aluminio en la nuca a Gaspar!

Gaspar giró, entrecerró los ojos y moduló con los labios: «¡Ya vas a ver!».

«Andrés, ¿quieres pasar a la pizarra?». Era Luisa. No había pescado la materia y no sabía dónde estaban. «¡Por favor escribe lo que dije!».

«Pero...», su voz era de puchero. «No lo escuché». El curso estalló en risas. El que se rio más fuerte fue Gaspar. «No lo escuché», se burló. «¡Es De-dónde-vienes, quién otro!». Se golpeaba las piernas de la risa.

«¡Gaspar, basta!». La cara de Luisa quedó tan arrugada como la polera de Andrés cuando dejaba un montón de ropa tirada en el piso... «¡Silencio!» La risa se esfumó pero muy lentamente. Luisa repitió el ejercicio de cálculo, y Andrés escribió los números en la pizarra. Solía ser bueno para las matemáticas, pero seguía

viendo la cara burlona de Gaspar, aunque este se sumergía en el libro cuando Luisa miraba hacia el curso.

«Bueno, Andrés...», sonaba impaciente. «¡Esto no debería ser un problema para ti!».

Estaba completamente vacío por dentro, la mente en blanco. No, él debía poder, pero al final tuvo que sentarse y Michael subió y terminó el ejercicio súper rápido. Cuando Andrés llegó a su puesto, de repente, supo cómo tenía que haberlo resuelto. Pero era eso de estar en la pizarra... y que se rieran de él. Y Gaspar...

El tiempo pasaba lento y lo peor eran los recreos. Antes eso no sucedía. Gaspar se aseguraba de no darle ningún respiro a Andrés.

* * *

Andrés tenía que irse caminando a su casa. Esperó a Nicolás que salía a la misma hora y vivía en la misma parte de la ciudad, pero andaba en bicicleta.

«¿Nos vamos juntos?».

Nicolás negó con la cabeza e hizo que la bicicleta se empinara como un caballo. «Estoy esperando a Pablo». Pablo pasó rapidísimo y se puso en posición de competencia. Andrés empezó a correr, pero aunque era rápido no podía seguirles el ritmo. Miró por encima del hombro, por suerte no había nadie y siguió caminando rápido hacia su casa.

De pronto, le dio una puntada en el costado de las costillas y tuvo que caminar un poco más despacio. En ese momento, pasó una bicicleta tan cerca que le rozó la chaqueta. Se sobresaltó. Era Gaspar. «¿Sabes que tu papá no es tu verdadero papá?».

No decía nada, solo lo miraba, los ojos de Gaspar eran pequeños y parecían charcos de agua clara. Era como si pincharan. Iba tan lento en la bicicleta que estuvo a punto de caerse y debió zigzaguar un par de veces para mantener el equilibrio.

«¡Eso es mentira!».

«¡Una cosa es que no sepas calcular, pedazo de mierda... pero tu mamá se ha acostado con otro!».

En ese minuto, Andrés deseó ser Terminator. ¡Ah, sería un placer aplastar a Gaspar! Su nuca gorda y rosada, los muslos grandes. Pero era demasiado grande para él.

«¡Qué pena por ti, *De-dónde-vienes!* ¡Imagínate tener una mamá que se acuesta con otros!».

Andrés sentía que se le cerraba la garganta y tuvo que pestañear varias veces para poder ver. ¡Faltaba tanto para llegar a casa! Si tan solo pudiera escapar de Gaspar. Pero no podía sin bicicleta.

«¡Mientes!», susurró Andrés.

«¿Qué dijiste?». Gaspar iba tan cerca del cordón de la vereda que el neumático lo tocaba, y tuvo que dar una vuelta. «¿Te atreves a decirlo de

nuevo?». La voz era amenazante y Gaspar estaba tan cerca que Andrés podía olerlo. No olía bien. ¡Si tan solo Tomás hubiera estado aquí!

Andrés se encogió de hombros. No, no se atrevía. Pero por dentro pensaba: «huevón de mierda». Eso ayudaba un poco. Había empezado a llover de nuevo. Andrés no lo sentía. Los autos pasaban rápidamente y salpicaban agua. Gaspar entonces les gritaba y Andrés estaba contento de que la atención se desviara un poco hacia otro lado.

De repente, un auto iba muy lento detrás de ellos. Gaspar tuvo que adelantarse un poco en la bicicleta. ¡Era mamá! Bajó el vidrio.

«¡Andrés! ¿Quieres subirte?». ¡Ah, mamá!, nunca la había amado más. Abrió rápidamente la puerta, tiró la mochila para dentro y se metió al asiento trasero. «¿Quién era ese niño?», preguntó. «El nuevo, Gaspar».

«Humm», se limitó a responder mamá.

Andrés no se dio vuelta para verlo. Sólo respiró profundamente, desde el estómago.

CAPÍTULO 6

Alguien movía el picaporte de la puerta del baño. «¡Andrés, abre!». Era mamá.

«Estoy duchándome...», se secó la espalda.

«Necesito entrar, tengo que orinar».

Se cubrió con la toalla y abrió.

«Tú nunca cierras con llave». Tenía razón, él no solía cerrar con llave. Pero... Entonces la miró. Qué disparate lo que había dicho Gaspar. ¡Su mamá! ¡Acostarse con otro! ¡Jamás!

«Mamá, ¿a quién me parezco?».

«¿Parecerte? ¿Qué quieres decir?».

«¿Me parezco a papá?». Se dio vuelta y lo miró. Había asombro en sus ojos.

«¿A papá? No, parece que no. Quizás a mi papá...». Le hizo cariño en el pelo y se fue. «¿Has hecho tus tareas?», le gritó camino a la cocina. «¡Sí!», le gritó aún desde el baño.

¿El abuelo? Nunca había pensado en eso. El abuelo era un hombre viejo con pelo canoso. Era entretenido hablar con él, ¿pero parecerse a él? Preferiría ser igual a Arnold Schwarzenegger... o a papá.

Se metió a la cama. Estaba leyendo el último libro de *Harry Potter*. Todos los nombres eran difíciles. Y el libro era pesado.

Tocaron la puerta y mamá entró. «¿Estás leyendo?».

Cerró el libro. Mamá se sentó en la cama. «¿Con papá pensábamos si querías volver a jugar fútbol?».

¡Ahá, eso era lo que querían! ¡Ahora tenía que tener una actividad! Entre ciertos intervalos le ofrecían de todo: fútbol, balonmano, *scout*, yudo, gimnasia artística y de salto, baile. Él... ¡bailar! Zapatos elegantes y camisa... ¡bailar con una niña! ¡Él, no, nunca!

No quería nada de eso. *Scout* con expedición nocturna y *shorts* en invierno y ese tipo de cosas, ¡no, gracias!

Le tenía miedo a la oscuridad, solo él lo sabía. Fútbol, lo había intentado y había estado esperando en la banca una y otra vez. Cuando finalmente salía al campo le gritaban tanto que perdía la pelota y entonces le terminaban gritando más todavía.

Negaba enérgicamente con la cabeza. «No tengo ganas...».

«¡No tienes ganas! ¡Imagínate a mí me hubiesen ofrecido todo esto cuando era niña! Tú solo tienes que escoger y desechar. Nosotros no podíamos hacer eso!». ¿Mamá jugando fútbol?! ¡Era demasiado ridículo! Iba a clases de *aerobics* con unas amigas. Papá se burlaba de eso. ¿Su papá?

«Y nunca estás en el computador...».

«Mamá... ¿Hace cuánto tiempo que tú y papá se conocen?».

Ella sonrió. «¡Evitas el tema!». Le pellizcó cariñosamente la mejilla. «Muchos años». Miró el techo. «Pues... dieciséis, creo». Entonces se dirigió hacia él y le dio un beso en la frente. «¡Que duermas bien, mi pequeño!».

Después de cerrar la puerta, pensó que cuando vinieron la otra noche Julio y Karina, había visto que Julio besó a mamá cuando llegaron. Pero eso lo hacían siempre los adultos. ¿No la había besado más o abrazado más fuerte? Pero Julio tenía el pelo negro...

Se daba vueltas y no podía dormir.

«¡Andrés!», mamá lo zamarreó. «¡Despierta! Tienes que ir al colegio».

Le gruñó, le quitó la mano de encima y se dio vuelta hacia el otro lado.

Cuando volvió a entrar, le dijo: «Me duele la cabeza, mamá». La voz era pequeña, como disminuida. Lo miró como tomándole una radiografía, con cara de sospechosa. No era completamente mentira, había dormido mal.

Mamá se sentó en la cama y le tocó la frente. «No tienes fiebre». Sus manos podían hacer muchas cosas, eran como las de una especie de doctor. «Pero te ves un poco mal». Se volvió a levantar. «Tampoco comiste nada anoche», recordó.

Cuando entró por tercera vez y todavía estaba acostado, dijo: «Bueno, no alcanzas a llegar a tiempo». Tomás se asomó detrás de ella. Tosía como una gallina enferma y hacia caras. «Te

podrían dar algún remedio y volver a casa si no mejoras».

«¡Y no tocas mi computador!», gritó Tomás, que se había ido a la cocina.

Mamá miró el reloj. Era demasiado tarde. «Ok. Andrés te quedas en casa hoy». Recitó lo que había en el refrigerador hasta que casi le dieron náuseas al pensar en ello. Entonces le dio un beso, tenía olor a pasta dental y poco después escuchó el auto arrancar. Tomás usó la bocina de su bicicleta cuando salió.

Se quedó dormido de nuevo. Cuando despertó, bostezó hasta que crujió y se sentía completamente bien. Se levantó, quizás había algo en la tele. Y cereales... tenía hambre. ¿Y quién dijo algo de dolor de cabeza? Sonaba como tirado de las mechas. ¡Tenía ganas de andar en bicicleta, pero y si se encontraba con alguien del curso! Mamá llamó en la tarde para saber cómo estaba. Y volvió a tener la voz pequeña y dijo: «sí gracias, un poco mejor». No quería pensar en mañana.

CAPÍTULO 7

Había jugado con Texas. Encontró su peluche y lo tomó con la boca, lo sacudía delante de Andrés, quería que lo tomara. Cuando Andrés tomaba el peluche, gruñía como si fuera un sabueso y lo sacudía violentamente. Al final se había cansado tanto que se quedó dormido en los brazos de Andrés. Su hocico era húmedo y frío. Había leído que allí se sentía si un perro tenía fiebre, el hocico se ponía caliente y seco.

Aunque Texas no olía muy bien, era entretenido jugar con él. Mamá decía que olía a perro. ¿A qué más iba a oler?

El día siguiente llegó demasiado pronto. Mamá no quería saber nada de dolor de cabeza. «¡Ya, levántate! No tienes nada!». ¡Y aquí estaba él muriéndose de una enfermedad extraña y malvada! Y mamá no entendía nada. Y un día iba a darse cuenta de que no lo había escuchado.

Está al lado del ataúd, llorando desconsoladamente. ¡Mi hijito, más pequeño! Y papá trata de consolarla pero sigue sollozando, retorciéndose las manos y sonándose la nariz con ruido. Y la iglesia es fría aunque el sol brilla afuera. Todo el curso ha venido, y deberíamos haber tratado mejor a Andrés mientras estaba aquí... y Gaspar.

«Recuerda tu almuerzo», dijo y le dio un beso en la frente. «Y pide permiso si te sientes mal», lo miraba, examinándolo. No era posible hablar con mamá hoy. Echó para el lado el plumón. «O pedirle al profesor una pastilla para el dolor de cabeza». Andrés solo se limitaba a asentir y esperaba estar muy pálido para dar la impresión de enfermo. «¡Y come tu comida!».

Los últimos días había vuelto a casa con la lonchera casi llena. No tenía ganas de comer. A veces, Gaspar había robado su almuerzo y lo había esparcido por el patio. Y no importaba lo que llevara o hiciera, siempre lo molestaba. «¡De-dónde-vienes tiene caca en la comida!». Y había apuntado a su paté y había arrugado la nariz y se volvía y hacía como que estaba a punto de vomitar.

Quizás debería guardar la comida para Texas. Él amaba la comida.

* * *

Esperaba que los días volvieran a ser como antes de la llegada de Gaspar. Entonces nadie lo molestaba y muchas veces participaba de los juegos que inventaban durante los recreos. No era uno de los niños populares, pero nadie lo molestaba.

«¿Gaspar, quieres leer?», preguntó Gabriel. Para qué preguntaba, si era imposible decirle que no... Gaspar empezó a leer el texto. Tarta-

mudeaba y balbuceaba y se detenía delante de las palabras difíciles y Gabriel tuvo que ayudarlo. No era muy habiloso para leer. Andrés se sintió un poco mejor. Se dio cuenta de que la nuca rosada se ponía cada vez más roja. Para el curso era un suplicio escuchar. Algunos movían las sillas, columpiaban la mochila entre las piernas, raspaban los pies contra el piso, estaban inquietos en las sillas, susurraban.

«¡Andrés, por favor continúa!», se sobresaltó. ¡Por qué tenía que leer justo después de esa lenta tortura! Andrés ni siquiera podía leer de esa manera, aunque quisiera. Así que siguió leyendo de manera fluida. Y hubo silencio.

Cuando sonó el timbre, Gaspar gritó. «¡Ya le voy a dar a ese penoso, *De-dónde-vienes!* ¡Ven!».

Andrés salió corriendo. En la curva casi perdió el control y tuvo que bajar la velocidad. Gaspar resoplaba detrás de él. «¡Te vamos a mojar los pantalones!», gritó. Andrés pensaba en dónde estaría el inspector. Pero entonces Gaspar finalmente lo alcanzó. Michael venía riéndose junto a Ramiro. Michael, no hubiera pensado eso de ti, se dijo Andrés. Pablo estaba conversando con Ali, miró lo que hacían, pero no intervino. Gaspar era fuerte como un toro. «¡Ayúdame a levantarlo!», Michael tomó sus hombros, pero Gaspar fue el que más cargó... ¿Dónde diablos está el inspector? ¿Alguien está vigilando? Pero pareciera que el inspector se había ido de vacaciones a un país lejano.

¡Y Tomás! Ahora podría llegar y mostrarse como el hermano mayor que era. Debería llegar y preguntar fuerte: «¿Qué está pasando aquí?». ¡Y lo soltarían y se escaparían como ratas! Pero Tomás no llegó.

Sintió el agua fría como un choque contra la piel cuando lo metieron debajo de la llave. ¡Ah, lo mojaron muchísimo! ¡No llores, se decía a sí mismo! ¡No les daría esa satisfacción! Nunca en todo su tiempo en el colegio le había pasado una cosa así. ¿Qué diría en casa? ¡Nunca antes un recreo había sido tan largo! Al final, como una especie de liberación sonó el timbre. Lo soltaron y quedó con el agua goteando de los pantalones. La ropa se le pegaba a la piel y temblaba de frío.

«¡Mira! *De-dónde-vienes* se ha meado los pantalones!», gritó Gaspar entrando a la próxima clase.

Andrés agarró una toalla y trató de secar los pantalones, pero la toalla estaba mojada, y tuvo que apurarse antes de que llegara el profesor, sabía que Gaspar lo molestaría con que se había meado los pantalones. Esperó para llegar junto con Luisa, quien daba la próxima clase.

El resto del día pasó lentamente. Y durante los recreos le gritaban que se había meado los pantalones. Tanto así que lo escuchaban los otros cursos, incluso Nicolás de tercero. Lo apuntaban con el dedo y se reían.

Escondió el almuerzo en unos de los compartimentos de la mochila para dárselo a Texas.

El próximo timbre significaba que finalmente tenían libre. El día escolar había sido como una gran herida que arde.

Nicolás llegó a su lado en la bicicleta y Andrés estaba aliviado de poder irse juntos a casa. Entonces evitaba a Gaspar. «¿Te mojaron los pantalones?», preguntó Nicolás.

Solo asintió y salió volando en la bici. «¿Quién llega primero?!», gritó hacia atrás a Nicolás, quien de inmediato aumentó la velocidad.



CAPÍTULO 8

Julio llamó y quería hablar con mamá. «Papá llega más tarde», dijo Andrés, aunque Julio no había preguntado por papá. «Sí, sí. Déjame hablar con tu mamá». Andrés la llamó, mientras pensaba en lo que dijo Julio: «déjame hablar con tu mamá». ¿Qué quería decir con eso? Escuchaba la conversación mientras disimulaba que no lo hacía. Su voz era dulce como gomitas, y se reía muy coqueta. ¿Qué había dicho él? ¿Se iban a juntar? ¿Julio podría ser su papá y no...? No, no quería creer el disparate que Gaspar había tratado de meterle en la cabeza. Se fue al baño y puso la cara tan cerca del espejo que se empañó. ¿Se parecía a Julio? La pera, ¿no era como la de papá, la boca...? Cuando volvió a la sala de estar, mamá todavía estaba hablando por teléfono. «¡Entonces acordamos eso!», terminó y colgó. ¿Qué habrían acordado? No debería haber entrado a la sala de estar.

Es una noche oscura. Todos se han quedado dormidos, papá ronca. Solo él está despierto. Escucha a mamá levantarse y salir por la puerta. Se va a encontrar con Julio. La sigue. El pasillo está pasado a perfume. Tiene que saber qué está pasando. Julio llega en su auto nuevo, un Jaguar negro, aerodinámico. Se sienta al lado de él en el auto y lo besa largamente.

«¿Qué quería?», preguntó Andrés y miró a mamá. ¿No tenía los cachetes colorados?

«¿Qué? Ah, Julio... nada en particular. ¡Eres muy curioso! ¿Cómo te fue en el colegio?».

«¡Bien!». Había alcanzado a sacarse los pantalones mojados antes de que llegara mamá y se estaban secando en el radiador en su habitación.

«¿Te gustó la comida?», preguntó mamá.

«¡Sip!». Tenía que recordar darle la comida a Texas para que no estuviera hedionda en la mochila. Tenía que sacarla a escondidas de la casa sin que mamá se diera cuenta.

«¿Julio se va a comprar un auto nuevo?».

«No tengo idea». Lo miró con asombro. «A veces haces preguntas de lo más...».

Se fue a su habitación y metió la comida que estaba en papel aluminio debajo del polerón.

«¡Me voy!». Antes de que mamá pudiera decir nada, ya se había ido. Se fue directo donde el vecino y Texas lo recibió moviendo la cola y saltando. Se sentó en cuclillas. «Mira lo que tengo para ti». Texas olfateaba su polerón, ya había captado el olor a la comida. Y se comió todo tan rápido que la saliva salpicaba para todos lados. Cuando terminó, le lamió la cara y la boca a Andrés tan rápido que no alcanzó a alejarse. «¡Aaahgrr!», dijo, se limpió y acarició el lomo suave de Texas. «No importa... eres tan bueno».

CAPÍTULO 9

No sabía cómo había ocurrido, todos habían salido corriendo al patio, ¡solo quedaban él y Gaspar!

Andrés pedía con todas sus ganas que pasara un profesor por el pasillo. Pero no vino nadie. Al final Andrés no pudo retroceder más. Gaspar lo tenía arrinconado.

«Bueno, ¿cómo le va a tu mamá y su amante?», le preguntó amenazante y se acercó más. Andrés no contestaba. De repente, algo le pinchó. «¡Ay!», exclamó Andrés. Dolía demasiado. Pinchó, de nuevo y de nuevo, en distintos lugares del cuerpo, los brazos, el estómago, la cara. «¡Deja de hacerlo!», tuvo la intención de decirlo como una amenaza, pero sonaba más como un ruego. «¡Para!», pero Gaspar no paraba. Pinchaba y pinchaba hasta que sonó el timbre. Entonces se dio la vuelta y caminó con calma a la sala. «Eso te pasa por ser un mamón», dijo dándole la espalda a Andrés. «¡Y cuando la mamá de uno es una puta!».

Andrés tenía un nudo en la garganta. Miraba sus manos. Tenía pequeñas marcas rojas por los pinchazos. ¿Había sido una aguja? ¿Eso podría doler tanto?

«¡Imagínate si contrae SIDA!». Era el último comentario de Gaspar, antes de desaparecer por la puerta. ¡Andrés no quería estar más allí! Que-

ría irse a casa. Pero entonces llegó Gabriel con su bolso al hombro. «Vamos, Andrés», lo llamó y tuvo que devolverse. Tampoco podía irse a casa sin su mochila. Gabriel le dio un golpe amistoso en el hombro cuando se encontraron en la puerta. Andrés ni siquiera pudo sonreírle. Estaba a punto de llorar. Solo déjame en paz, pensó, y se fue a sentar en su puesto. No miró a nadie, solo se sentó.

«¿Qué son esas manchas que tienes?», le dijo la mamá con su mirada de rayos X. Entonces se le ocurrió una idea.

«¿Podrá ser una enfermedad infantil?».

Ella lo miró como para ver si hablaba en serio. Acercó su cara a la de él para estudiar las marcas. «¿Rubeola?».

Subió su polera, había marcas en los brazos. «Qué raro», murmuró, y le mostró su abdomen con los puntos rojos.

«Será porque juegas con Texas», opinaba Tomás.

No podía comer nada esa noche. «¡Pero te encantan las albóndigas!». Mamá siempre se tomaba tan a pecho si él o Tomás no comían. Como si fuese una crítica personal a su cocina. «Es solo que no tengo hambre».

«Déjalo en paz», dijo papá y tomó el diario aunque no era costumbre leer mientras comían. «Comerá cuando tenga hambre».

Tomás se había ido a entrenar. Jugaba balonmano y por ello era un verdadero hombre, decía papá. ¡Como si él no lo fuera, tan solo porque no le daba la gana correr detrás de una pelota!

No podía concentrarse en las tareas. A cada rato veía a Gaspar. Gaspar con los muslos gordos, Gaspar que le gritaba. Gaspar que le mojaba los pantalones. Gaspar que lo pinchaba con una aguja. Gaspar que llamaba a su mamá una puta. Le ardía todo al pensar cómo se habían puesto las cosas desde la llegada de Gaspar.

Tocaron en la puerta y papá entró. «¿Qué estás haciendo, hijo?».

«Matemática».

«¿Puedo ver?». Se sentó en el borde de la silla y echó un vistazo a los números. ¿Qué quería? ¿Hablar de fútbol? Se quedó callado mucho tiempo mirando las tareas. ¿Papá podría ver que no había avanzado nada?

«Eres bueno para las matemáticas», dijo finalmente. «Cuando hayas terminado con las tareas, ¿quieres venir a mirar atletismo... conmigo?».

¡Qué pregunta rara! No solía invitarlo a eso. Sabía que papá era loco por todos los deportes, pero venir a preguntar si él quería ver tele con él. ¡Extraño! Debería tener otros planes. Andrés se encogió de hombros. Papá se levantó. «He comprado gomitas y caramelos», lo tentó.

Andrés sonrió pensando en sus métodos de chantaje. «Ok».

Papá cerró la puerta al salir. Andrés estuvo un minuto mirando las tareas. No tenía ganas de hacer más. Pensaba en cuánto tiempo sería necesario esperar hasta ir donde papá en la sala de estar.

Ya en la sala de estar, papá estaba atacando los caramelos y gomitas. Si llegaba diez minutos después, no habría encontrado nada. Mamá estaba en su clase de *aerobics*, así que eran ellos dos solamente.

«Vamos a pecar», papá le guiñó el ojo. «Anda a buscar una *CocaCola*». Andrés fue a la cocina a buscarla. «¿Por qué mejor no vemos *Transformers*?», preguntó papá.

«¡Yupi!», Andrés se sentó con las piernas en la silla y la boca llena de gomitas y pensó que ahora aprendería algunos trucos de pelea que podía usar en el colegio.

Despertó al escuchar la voz de mamá: «¡Aaah, veo que la están pasando bien!». Se restregó los ojos. ¡Qué lata, se había quedado dormido mientras veía la película! Y estaba durmiendo en el brazo de papá. En la mesa había papeles de caramelos, un recipiente vacío, *CocaCola* y papas fritas.

Mamá no se dejaba engañar como para dejar que se quedara en casa por unos raros puntos rojos en su cuerpo. Pero aun así miró para corroborar que seguían allí. Los puntos estaban más chicos. «Desaparecerán», dijo con bastante sangre fría. Acaso,

¿habrían cambiado al hada buena de su mamá por una bruja malvada?

En el baño se miraba a los ojos frente al espejo.

¡Es el gladiador que debe pelear en la arena! Tira su pelo grueso para atrás, dobla el brazo, mostrando un músculo gigante en el antebrazo. Lo apuran pero se toma su tiempo. Escucha miles de voces en el público. En unos minutos debe demostrar su valor. Puede ser que sea más pequeño que su adversario, pero es mucho más valiente.

«¡Termina ya!», gritó Tomás, mientras golpeaba fuerte la puerta. «¡Voy a llegar tarde!».

CAPÍTULO 10

«¡Miren, *De-dónde-vienes* tiene pantalones nuevos!». Gaspar lo apuntaba con el dedo y trataba de sumar al resto. «¿Y ha empezado a crecer hacia abajo! ¿No lo ven? ¡Sus pantalones le quedan largos!». Cuando quiso sentarse en su silla, no vio que Gaspar había alcanzado a sacársela, de modo que cayó al piso mientras los niños se reían, Gaspar por supuesto se reía más fuerte que todos. Le dolió tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas y vio muchas estrellas brillar.

¡De repente es Terminator! Se levanta lentamente. Nadie se atreve a respirar. Todos esperan la venganza. Enseña los músculos, hay un músculo que vibra cerca de la mandíbula, fuera de eso no se ve nada en su rostro. ¿Matará? Con un paso bien pensado llega a la mesa de Gaspar. ¡Los puños, estas terribles prolongaciones de sus brazos, giran en el aire y dan en el blanco!

Gaspar había dejado de reírse. ¡Y de repente la mano empuñada de Andrés le llegó en la nariz! ¡Gaspar se dobló sobre la mesa y la sangre saltó, oscura y caliente!

En ese instante llegó Luisa. «¿Qué están haciendo?». Nadie dijo nada. Fue donde Gaspar. «¿Te sangra la nariz?». Él asintió con la cabeza. «Fue Andrés», tartamudeó y sonaba como si estuviera

a punto de llorar. Le pasó un pañuelo de papel. «Anda a enfermería», dijo. «Michael, acompaña-lo. ¡Y quiero hablar contigo después de la clase, Andrés!». Andrés asintió y se sentó en su silla. Se sentía bien por dentro, aunque casi hubiera matado a Gaspar. Por supuesto, no le podía decir nada de lo que había pasado a Luisa. ¡Él, acusar, nunca! ¡Pero cómo le dolía el trasero!

Mamá y papá iban a reunión de apoderados en el colegio. A partir del próximo año, quinto, él podría asistir. Iban a hablar con dos de sus profesores, Gabriel y Luisa. Normalmente no le importaba, pero este año sí le complicaba. Se paseaba y no se le ocurría nada qué hacer. No hizo las tareas. Y Tomás estaba, para variar, en el computador. Andrés se quedó un rato en su puerta mirándolo. «Oye, Tomás...». Quería contarle a su hermano sobre Gaspar, pero no sabía cómo.

«¿Ah...?», dijo Tomás, pero no levantó la vista de lo que estaba haciendo. Pero Andrés giró sobre sus talones y se fue a la sala de estar. Un poco después Tomás gritó: «¿Querías algo?». «¡No!», respondió Andrés.

Cuando mamá y papá llegaron a casa vio que no traían buena cara. «Ven aquí», dijo su papá. Se había sentado en la sala de estar. La televisión estaba apagada. Andrés quería prenderla, estaba demasiado silencioso, pero papá lo detuvo. «No,

no ahora. Tenemos que hablar». Aclaró la voz. Significaba que era algo serio.

«¡Ni Gabriel ni Luisa estaban satisfechos contigo, Andrés!», dijo papá. Andrés estaba callado. Papá lo miraba examinándolo y era incómodo.

La corte está lista. Han descubierto que ha robado de la caja y que le ha pegado a uno de los empleados hasta dejarlo inconsciente. Aunque ha tratado de esconderlo. Ahora él está siendo juzgado, el jurado está mirándolo y susurran algo entre ellos. ¡La cárcel lo espera con duros y fríos barrotes, agua, pan y probablemente ratas y tipos malos!

«¿Tú sueles hacer tus tareas, Andrés?». Era mamá.

¿Qué podía decir? Así solía ser, antes. Pero todo era distinto ahora. «¡Y has sido agresivo... le has pegado a un niño!».

«Bueno, un poco de pelea es normal», dijo papá.

«Quizás él se lo buscó», respondió Andrés. «Pero, igual».

Miró sus zapatos. Gaspar seguramente empezaría a molestarlo con ellos. Aunque se parecían a los de todos los demás.

«¿Qué quieres decir?», preguntó papá. Pero no se le ocurría nada. «¿Tienes una explicación?».

«Andrés...», era mamá... «¿pasa algo? ¿No te gusta ir al colegio?».

«Sí, pues», mintió y cruzó los dedos sin que lo vieran.

«¡Entonces tienes que ponerte las pilas, hijo! Tu futuro... quieres ser profesional, ¿cierto?».

«Ah-já, con que están celebrando una asamblea!», dijo Tomás irrumpiendo en la sala de estar. Rozó el pelo de Andrés con la mano. Andrés trató de pegarle. «¿Mi hermanito se ha portado mal?». Le hacía caras a su hermano, quien no pudo aguantar la risa. «No te metas», dijo papá y se levantó a buscar el diario. Andrés entendió que el interrogatorio había terminado. Primer acto, por lo menos.

Papá se sentó y lo miró por encima del diario. «Si no haces tus tareas... ¿cómo vas a estudiar una carrera?». Había completo silencio en la sala de estar. «¿Entiendes, Andrés? ¿Que debes esforzarte?».

Asintió.

«¡Si algo está pasando, tienes que contarnos!», la voz de mamá sonaba preocupada. «A nosotros... o a Gabriel, ¿cierto?».

«Sí, mamá. ¿Puedo irme?».

Asintió. «¿Has hecho tus tareas?».

«Sí».

CAPÍTULO 11

Si pensaba que el golpe en la nariz habría de cambiar algo, estaba equivocado. La nariz de Gaspar estuvo hinchada varios días.

Trataba de evitar a Gaspar durante los recreos, pero lo lograba pocas veces. Su verdugo era como una sombra que lo seguía a todas partes. A veces, Michael y Ramiro participaban de las burlas o Pablo. Todos los recreos eran un suplicio. Entonces ideó un plan. Cuando sonaba el timbre salía disparado por la puerta lo más rápido que podía.

«¡Oye, para *De-dónde-vienes!*!», gritaba Gaspar detrás de él y Andrés escuchaba sus pasos pesados. ¡Pero Andrés tenía una ventaja! Ese día parecía que el patio era de varios kilómetros... seguía y seguía. Tuvo que empujar a una niña que se dio la vuelta y gritó, avanzar, avanzar. ¡Gaspar no podía alcanzarlo! Finalmente, llegó a los baños. Empujó a un niño en la puerta, que lo maldijo y se enojó aún más cuando Gaspar casi lo bota.

¡Andrés tiró la manilla de una puerta, cerrada! ¡Otra más... cerrada! Querido Dios, rezó Andrés. ¡Sí! Al fin, estaba libre. Se metió dentro y cerró la puerta en la nariz de Gaspar, echó llave, sentía el corazón palpar como un pájaro que golpeaba el ala contra la ventana. Gaspar golpeaba violen-

tamente la puerta. «¡Te voy a matar, sarnoso!». Andrés tenía la espalda contra la puerta y trataba de respirar más tranquilamente, y vio el pipí en el piso y sintió el olor... pero al menos estaba a salvo. «¡Te pillaré, hijo de puta!». Sentía que Gaspar todavía no se iba. Tenía que esperar que sonara el timbre y llegar atrasado. Soportar que lo retaran.

«Andrés, me decepcionas». Luisa lo miraría de aquella manera singular.

A veces, Gaspar se quedaba golpeando la puerta. «¡Sé que estas allí, huevón de mierda! ¡Te voy a esperar!». Otras veces les contaba a los niños que entraban a hacer pipí que la mamá de Andrés se acostaba con montones de hombres. Algunos se reían a lo tonto, otros no decían nada. Había días en que Gaspar se cansaba de estar esperándolo en ese baño hediondo. Andrés escuchaba con atención que los pasos se alejaran, pero nunca estaba seguro antes de abrir la puerta. Porque a Gaspar, en ocasiones, se le ocurría esperar afuera. Entonces lo empujaba, le decía cosas tontas o lo culpaba de mil otras. Andrés muchas veces tenía moretones por los empujones de Gaspar.

Iban a jugar balonmano. Los equipos estaban formados. Michael y otros estaban saltando como si el calentamiento hubiera empezado. Hacía frío en el gimnasio y olía a toallas mojadas y jabón. Andrés miraba sus brazos, estaban con piel de gallina. Tenía frío y sudaba a la vez. Entonces, los niños de su equipo se juntaron para discutir

la táctica e intercepción. Estaban en un círculo conversando bajito. Andrés se acercó para escuchar mejor. Pero cuando quiso entrar, Gaspar lo bloqueó. Intentó en otro lugar, pero entonces Gaspar se movió y cerró el círculo con su espalda. Andrés hizo como si no le importara. Evitó las miradas de los otros.

Tenía las palmas de las manos mojadas. Las secó en los pantalones. Entonces se rascó el brazo. «¡Hey! ¿Vieron eso?», preguntó Gaspar, «¡De-dónde-vienes tiene sarna!». Se alejó volando y gritó: «¡Es contagioso!». Algunos de los otros también se alejaron de Andrés y lo miraron con desconfianza.

«¡Vamos a empezar!», dijo el profesor y lanzó la pelota al aire. Andrés la agarró y la tiró, pero nadie la quiso recibir. Aunque el profesor los retaba, no ayudaba en nada. Hubiera sido lo mismo si Andrés no hubiera estado, igual que cuando jugaba fútbol.

El nudo en la garganta. ¡Ah, cómo los odiaba a todos! Michael, Pablo, Ale y Ramiro, antes sí jugaban con él, por lo menos cuando no se trataba de los juegos nuevos de *PlayStation*. Ahora arrugaban la nariz tan solo porque Gaspar lo hacía. ¡Cómo deseaba que el edificio se incendiara para no tener que volver a ese colegio horrible nunca más! La clase nunca terminaba. Una vez casi se tropezó, Gaspar gritó y se golpeó las piernas, como si todo el tiempo vigilara cada uno de sus movimientos. Andrés se sentía cada vez más

como un elefante en un bazar. Perdía la pelota cuando tenía que agarrarla, estaba a punto de caerse en el piso resbaloso o estaba pensando en cómo evitar a Gaspar, por lo que no seguía el juego realmente. Lo pifiaban y escuchaba la voz de Gaspar, todo el tiempo la voz de Gaspar, que además se oía por sobre la de los demás, como un cuchillo demasiado puntiagudo.

Trató de evitar la ducha. Pero el profesor estaba atento. «¡No señor, Andrés! ¡Adentro!». Tuvo que sacarse la ropa y soportar que Gaspar mirara su pene con asombro hasta que dijo: «¡Nunca había visto un pene tan chico!», mientras se reía y apuntaba, también lo empujaba y en un momento casi se cayó en el piso lleno de jabón. Pero nadie, absolutamente nadie, pensaba en socorrerlo. Ni siquiera el profesor.

La última clase del día era matemática. Pero no le importó a Andrés. ¡No quería estar más allí! Tomó su bicicleta y se alejó a toda velocidad de ese colegio de mierda. ¡Solo alejarse! Andaba tan rápido que el viento levantaba su pelo y casi no se daba cuenta de las lágrimas que le brotaban instantáneas. ¡Se iría hasta el fin del mundo para nunca más volver! Allí, al final del arco iris, hasta allí quería ir. ¡Allí estaba el oro! Y entonces se saturaría de helado y panqueques y viviría bien, sin pensar en ¡nada! ¡Nunca más a casa, nunca más al colegio!

Si le diera hambre, se comería su almuerzo, lo tenía en su mochila.

El sol le calentaba la nuca, jadeaba y sudaba, al final bajó la velocidad. Se había alejado mucho de la parte de la ciudad donde vivía, hasta el campo. Había parcelas y tractores y en un lugar había un caballo pastando. Se bajó de la bici y se acercó a la reja. El caballo levantó la cabeza y lo miró. Andrés tenía las piernas adoloridas de ir tan rápido en la bici, además estaba sin aliento y sudaba. Se recuperó mientras apoyaba las manos en las rodillas y se secó el sudor de la frente.

El caballo bajó la cabeza y siguió comiendo su almuerzo de pasto. Había un pequeño montículo justo fuera de la reja. ¡Ahí mismo se sentó Andrés y abrió su lonchera: paté, pepino, jamón... y chocolate! El caballo se acercó, mirándolo mientras comía. «¿Quieres un pancito? Si yo como el embutido, te doy el pan de centeno a ti...».

El caballo emitió un pequeño bufido, que no alcanzó a ser un relincho. Andrés lo entendió como un sí. Se levantó y se paró cerca de la reja, lento, para no asustarlo. El caballo agarró el pan de centeno con la boca, Andrés le dijo: «¿Sabes la suerte que tienes? ¡No tienes que ir al colegio!».

El caballo lo miró, tenía los ojos marrones oscuros, muy hermosos. Parecía que le gustaba el pan de centeno. Estiró la mano para acariciarlo en la frente, donde el pelo tieso colgaba descuidado hacia un lado. Se retiró nervioso. «No me tengas miedo. No soy Gaspar». Lo intentó de nuevo, cuidadosamente. Entonces el caballo estiró la cabeza como para examinar si tenía más

pan. Tocó su hocico. ¡Ah, tan suave! ¿Qué otra cosa era tan suave como el hocico de un caballo? ¿El pelaje de un gatito? Infló un poco las fosas nasales, pero aceptó sus manos cuidadosas. «No sé cómo te llamas... pero me gustas». El caballo lo miró como si estuviera pensando en lo suyo. Y qué sería eso, Andrés no podía adivinar. Andrés suspiró. «¡Yo me llamo Andrés y odio el colegio!».

Entonces el caballo dobló el cuello y sacó otro pedazo de pasto. Andrés se sentó en el montículo. Muy lejos sonaba el motor de un tractor. Uno azul... *Ferguson*, estaba casi seguro de que sería esa la marca. Entonces vio la granja. El caballo seguramente era de allí. Había máquinas y un auto antiguo afuera y unas gallinas raspando la tierra. Pero no se veía ninguna persona. ¿Vivirían niños allí? ¿Y a qué colegio irían? Seguramente no en el suyo, porque él estaba muy lejos de casa.

Se subió a la bici y pasó lentamente por la granja. No se veía a nadie. En un cordel ondeaba al viento un montón de ropa... debería vivir alguien porque habían flores en las ventanas.

Sacó su celular del bolsillo y lo miró. Habría que tenerlo cargado para que sirviera de algo. ¿Y a quién llamaría? Mamá todavía no llegaba a casa. ¿Y Nicolás? Siguió colina abajo.

Está en el lomo de un caballo tordo, piernas largas y flacas, sangre nerviosa en las venas. Es el «Derby». Se había atrasado y ya no estaba entre los favoritos. Siente los músculos del caballo debajo de sus piernas, el vapor de su

cuerpo caliente, el retumbar de los cascos que se traspasa a su cuerpo. Aprieta fuerte con las piernas los costados del potro y como una flecha atraviesa el césped. No ve nada por el viento en los ojos, tiene suficiente con aferrarse a la crin del caballo. Está parado con los pies en los estribos. Siente la velocidad como sangre que golpea, primero pasa por sus venas y luego por las del caballo. Percibe gritos del público, su nombre y el de su potro, que se llama... Nick. Un buen nombre breve para un caballo, el nombre de un ganador. Es una sorpresa para los apostadores. Qué premio para los pocos que han creído en él. ¡Y sí, ahora pasa la meta! Champaña y flashes de fotografías por todos lados, gente que grita y lo felicita, de paso acarician a Nick que baila nervioso en sus piernas delgadas, llega también la televisión y da entrevistas.

CAPÍTULO 12

Cuando estacionó la bicicleta en la bodega recordó todo lo que pasó en el colegio: el desesperante partido de balonmano, las burlas en la ducha... ¿Y qué le diría a mamá? Nunca antes se había fugado de clase. Tenía que inventar algo. ¿Se acostaría y diría que tenía dolor de cabeza? Miró el reloj, las tres y media, llegaría pronto. ¿Lo pillaría? ¿Qué otra cosa podría hacer?

Pasó la habitación de Tomás en puntillas. «¿Eres tú, Andrés?».

Enronqueció la voz: «¡Nooooo, soy el lobo feroz!». Escuchaba el zumbido monótono del computador. Alguien estaba con él. Probablemente Federico, el mejor amigo de Tomás. Entró a su habitación y se acostó con la ropa puesta. Entonces vio el libro de *Harry Potter*. ¿Por qué sus papás nunca lo habían mandado a la escuela de magia? Le sería muy útil. ¡Ya sabía a quién iba a hacer desaparecer de la faz de la tierra!

Tenía que haberse quedado dormido porque de repente oyó voces y escuchó la voz de un hombre. ¿Quién? No era la de papá. La voz de mamá era distinta cuando hablaba con papá. Más cotidiana. Se trataba de esa risa que no le gustaba. Era tonta. Como en la tele. Como cuando hay que

reírse de algo que no es entretenido. ¡Julio, ahora podía reconocer la voz! ¿Qué hacía aquí cuando papá no estaba en casa? Tenía ganas de levantarse y espiarlos. Ay, la risa tonta de mamá. Pero se quedó acostado.

Entonces escuchó el motor arrancar. Julio se había ido. Finalmente entró a su habitación. «¿Qué quería Julio?», le preguntó y se le olvidó que tenía que simular tener dolor de cabeza.

«¡Preguntón, por qué esto y por qué lo otro!», respondió. Tenía manchas rojas en el cuello.

«¡Se reían!», gritó Andrés.

«¿Y acaso eso está prohibido?». Agarró su pelo y lo sacudió un poco, como siempre lo hacía. Pero hoy eso no le ponía contento.

«¿Y por qué estás en cama?».

«Estoy leyendo». Entonces se acordó lo de la clase. «He tenido dolor de cabeza hoy día».

«¿Cómo?», preguntó insistiendo mamá.

«Me fui... una hora antes».

«¿Qué dijo el profesor?».

«Me fui».

«¿Te fuiste? ¿Sin decir nada?».

Comprendía que era un enredo. La mirada de rayos x pasaba por él y lo desvestía completamente. Si de repente, mamá le hubiera dicho que sabía que se había ido en la bicicleta lejos, fuera de la ciudad y había hablado con un caballo, no lo hubiera sorprendido. Era imposible guardar secretos. Y aun así no quería que supiera lo de Gaspar. ¡Nunca!

Se quedó un rato en el borde de la cama. Sabía que no había terminado para nada. «¿Quieres llamar tú mismo al profesor?», le preguntó.

Negaba con la cabeza. Y tuvo que decirle a cuál de las clases había faltado. «¿Y tengo que decir que te dolía tanto la cabeza que no podías hablar?».

«¡Mamá!», se quejó Andrés.

«¿Que solo podías volver a casa en bici a leer?».

«¡Mamá!».

Suspiró y se fue. ¿Le contaría a papá? Estaba seguro de que ella sabía que se había fugado de la clase. Cerró la puerta de la sala de estar. No podía escuchar lo que le decía a Luisa.

Al cabo de unos minutos mamá apareció en su dormitorio. Le contó sobre las tareas que tenía para mañana. «Así que mejor te levantas a hacerlas», dijo, «no sé qué pasa contigo...». Ahí estaba de nuevo la mirada. «Ojalá me contaras si algo anda mal».

La empujó un poco para poder levantarse. Entonces tomó la mochila y echó todos los libros sobre su mesa y se sentó con un lápiz. Mamá se sentó en la cama.

«¿Qué quería Julio?», preguntó de nuevo, Andrés.

Su madre entonces suspiró y se levantó. «Andrés, ¿te pasa algo?».

«No, mamá». Estaba allí en el medio de la habitación y se veía tan perdida. ¿Acaso estaba enamorada de Julio? Pero no podía ser. Julio

tenía guata y olía mal por culpa de los cigarros. Seguro que a mamá no le gustaba eso. Papá era mucho más guapo.

CAPÍTULO 13

Después del colegio se fue de nuevo en bicicleta a ver el caballo. El día había sido tranquilo. Gaspar estaba enfermo. Casi nadie lo había molestado. Michael había empezado a pegarle un poco, pero dejó rápidamente de hacerlo. ¡Imagínate si Gaspar se muriera! Se regocijaría... bueno, siempre y cuando nadie lo viera. ¿Quizás podía hacer una poción que matara a ese payaso de nuca gorda? ¿No había algo con esas plantas umbelíferas que estaban a lo largo de la calle? ¿Cómo era que se llamaban? Tenía que buscar en los libro de botánica. O preguntarle al profesor. ¿Podría sacarles el jugo y mezclarlo con bebida? ¿Pero cómo se lo daría? Porque Gaspar, gracias a Dios, nunca iba a su casa. Andrés podría visitarlo. «¡Mira lo que tengo para ti!». Pero si Gaspar dijera: «Tú también debes tomar un vaso!». ¡Y si durante la autopsia descubrieran que había veneno de esa planta en el jugo! ¡Lo mandarían a la cárcel junto con delincuentes musculosos, llenos de tatuajes por todo el cuerpo!

El caballo levantó la cabeza cuando estacionó la bicicleta. Se acercó a la reja y lo llamó. «¡Caballo!».

Cuando, después de pensarlo un poco vino hacia él, le dijo. «Lamento lo de "caballo". Suena tonto. Pero no sé cómo te llamas».

Buscó su pan de centeno en la mochila y recordó que Texas solía recibir su comida. Tenía que buscar otra cosa para él. ¿A los caballos les gustará el paté? Sacó el jamón y se lo comió en un pestañear de ojos. Sí, se lo comía con ganas. «Debería saber tu nombre. ¿No te llamarás Nick?».

Cuando había terminado con el pan de centeno y tenía espuma alrededor de la boca, le hizo cariño en el hocico suave. Se dejó. Entonces el caballo levantó la cabeza y olfateó su cabello. Le daba cosquillas. Andrés pensaba si tendría saliva en el pelo, pero encontraba tan rico el cariño del caballo que se quedó quieto. Entonces el animal se alejó un poco y empezó a pastar. «Comes harto pasto», opinó Andrés y se sentó en el montículo.

* * *

«¡Hola!». Se sobresaltó y se dio vuelta. No se había percatado de que venía alguien. «¡Me asustaste mucho!». Era una niña de su edad, al parecer. «¿Es tu caballo?».

Ella cargaba una silla de montar.

«Sip». Ella se quedó mirándolo, midiéndolo detenidamente, pero no de manera hostil. «Me llamo Sara».

«Yo soy Andrés». Se levantó. «¿Cómo se llama tu caballo?».

«Skipper». Se sonrió. Sus dientes eran chuecos. Su chasquilla era ondulada. O al menos lo que se veía por fuera del casco. «¿Te importa si paso?».

«Está bien». Ella abrió la reja de una manera que mostraba hospitalidad. Se sentó de nuevo. «Por cierto, ¿vives en la granja de allí?». Apuntó hacia la granja blanca con todas las máquinas, autos viejos y cuestiones alrededor. Asintió y llamó al caballo. Este emitió un sonido y caminó hacia ella. Le dio algo que tenía en la mano. Se le helaba el trasero. ¿Quizás se resfriaría? Tendría sus ventajas.

¿Cómo se subiría encima de Skipper? Era tan grande en comparación con ella. Pero después de ponerle el cabezal y fijarle la silla de montar, puso el pie en el estribo, se agarró de la montura y se subió elegantemente al lomo de Skipper. Andaba a pasitos en sus largas piernas.

Vino montando hacia él. «Estoy practicando salto ecuestre. Va a haber una competencia», dijo. Ahora entendía por qué había elevaciones, marcas y postes de fuertes colores rojos y amarillos en todo el campo. Primero daba vueltas trotando y luego galopando. Parecía que Skipper hiciera exactamente lo que quería. Honestamente, ¿qué tenía de difícil? Lo decepcionaba. Había pensado que algo así era mucho más difícil. Se acercaba al obstáculo. Entonces empezó

a galopar y ligero como un gato saltó sobre él sin bajar las barras.

No se dio cuenta de que la tarde pasó. Cuando terminó de practicar, sacó la silla de montar y el cabezal, le dijo unas palabras al caballo que no alcanzó a escuchar, le hizo cariño y le dio algo que sacó de su bolsillo.

«¿Te aburriste?».

Negó con la cabeza. «No mucho». Entonces miró el reloj. «Chuta, ¿ya son las cinco? Tengo que irme a casa». Se subió a la bicicleta como si fuera un caballo con patas largas y nerviosas y se despidió con la mano. «¡Chao!», gritó. Ella se despidió también.

Se fue directo a casa, tenía que hacer tareas para que no lo retaran de nuevo delante de todo el curso y se rieran de él, además, para que Gabriel o Luisa dijeran que él no solía ser así... ¡no te reconozco Andrés!

«¿Dónde has estado?», preguntó mamá.

«Anduve en bicicleta».

»«Tienes que hacer tus tareas, Andrés!». Mamá estaba preparando la cena. «Antes de cenar. Pero ahora no alcanzas...».

El sartén salpicaba con mantequilla derretida. Bistec para la cena. Tenía hambre, rezongaba su estómago. «¡Lávate las manos!».

«Sí, sí...».

Se encontró con Tomás en el baño, lo empujó para llegar al lavamanos. «¡Para!». Tomás lo empujó de vuelta y de repente estaban peleando. ¡Empu-

jón, golpe, un puño en el estómago. ¡Oh, auch! «¿Qué están haciendo?!». Era mamá. «¡Dejen de hacer eso y vengan a comer!». Los separó tomando a Andrés del cuello. Se torcía como un gusano para liberarse. «¡Andrés!». Había arrugas entre sus cejas y su voz era aguda. Papá abrió la puerta. «Entren, ustedes dos gallos de pelea», dijo amigable y se hizo cargo de Andrés que seguía peleando. «¡Hijo! ¡Para ya, o te muestro mis músculos!». Andrés se calmó. Era inútil de todos modos. Antes de sentarse en su puesto en la mesa frente a Tomás, pasó la mano como si fuera una espada sobre la cabeza de su hermano. Tomás alcanzó a bajar la cabeza. «¡Andrés!». Papá lo miró.

Era una verdadera batalla levantarse en la mañana. Mamá que lo tiraba y al final se enojaba, a veces no alcanzaba a irse con ella y tenía que ir volando en la bicicleta, a punto de llegar tarde. Pocas veces podía convencerla de que tenía una enfermedad grave, tan nueva que todavía no tenía nombre. Porque dolor de cabeza o de estómago no eran suficientes para quedarse en casa, aunque podría pensarse que era una madrastra malvada como esas de los cuentos de hadas. «¡Puedes irte a casa si empeoras... y recuerda decirle al profesor!».

Pero entonces ya se había ido al colegio y no tenía sentido volver a casa.

CAPÍTULO 14

Niempres se encerraba en los baños en los recreos, aunque era aburrido pasar el tiempo ahí y oler a pipí.

Gabriel era el profesor de la próxima clase. Entró apurado a la sala, era uno de los últimos, después de un recreo. Los niños se reían tontamente. Lo miraron con expectación. Lo sabía. Gaspar tramaba algo, pero no sabía qué. Miró si su silla estaba antes de sentarse.

Gabriel pidió silencio. Como no funcionaba les gritó y entonces se callaron. Tenía que sacar los libros. ¡Cuando Andrés metió la mano en la mochila, pegó un grito! Los chicos estaban sobre las mesas muertos de la risa.

«¿Qué pasa?», preguntó Gabriel y fue al puesto de Andrés. «No sé lo que es...».

«¿Qué?».

«Hay algo raro». Miró la mochila.

«A ver, súbela a la mesa». Entonces Gabriel miró dentro de la mochila junto con Andrés. ¡Lo que vieron fue un montón de lombrices que se retorcían entre los libros y la lonchera! Era en eso que Andrés había metido la mano.

«¿Quién lo hizo?», Gabriel miró a todo el curso. Silencio. «Más les vale que se entreguen voluntariamente». Como nadie decía nada, les advirtió: «¡De lo contrario, todos tienen tareas extras!».

Algunas de las niñas dijeron bajito: No fui yo, ni yo... ni yo. El profesor miró a las niñas. «¿Han visto algo?».

Afirmaban que no habían visto nada. ¡Todas las chicas de una sola vez se volvieron ciegas!

Aunque Gabriel seguía insistiendo, nadie quería entregarse. «Ok, eso significa que Michael y Ramiro limpiarán la mochila de Andrés. ¡Y quiero decir LIMPIAR! ¡Y pueden empezar ya! ¡Fuera!».

Se levantaron vacilantes. «Y entonces esta tarea...». Andrés abrió el libro en la página 19. «Quiero que escriban cómo son tan cobardes que no quieren entregarse...». Mientras, Michael tomó la mochila de Andrés y Ramiro lo siguió al pasillo. «¡Empecemos!». Gabriel le pidió a Cristina que leyera el texto de la tarea.

¡Andrés sabía que el próximo día sería un infierno para él! ¡Se vengarían!

Las lágrimas ardían detrás de sus párpados y tuvo que pellizcarse el brazo. Cuando dolía había que pensar en otra cosa. Gabriel estaba enfadado, era fácil de ver. Las comisuras apuntaban hacia abajo, y tenía arrugas en la frente.

Finalmente, terminó la clase. Andrés se tomó tiempo para guardar los libros en la mochila húmeda, pero limpia. ¿Quizás igual debería contarle a Gabriel lo de Gaspar?

Al final todos habían salido de la sala excepto él y Gabriel. El profesor se levantó, colgó el bolso en el hombro y fue hacia él. Puso la mano en su

hombro. «¿Querías decir algo Andrés?». Ya no se veía enojado.

«Yo...», empezó Andrés.

En ese instante Luisa se asomó por la puerta. «Hola», dijo e hizo un movimiento con la cabeza, como era su costumbre. «¿Vienes a la fiesta o qué?». Miró a Gabriel.

«Sí, sí yo creo... espérame». Luisa sacó la cabeza, pero se quedó parada fuera.

«Bueno, ¿querías decirme algo?», preguntó Gabriel de nuevo. Andrés tomó su mochila. «No... lo he olvidado», dijo entonces. ¡Cuando Andrés llegó a su bicicleta, habían esparcido caca de perro por todo el asiento! Se le cerró la garganta, como si de repente hubiera contraído laringitis. Tenía que irse caminando a casa o pedalear parado en la bicicleta todo el camino.

Entró a escondidas la bicicleta y llenó un balde con agua. Por suerte Tomás no se dio cuenta.

Al final terminó de lavar y limpiar el asiento, la espuma y el agua se fueron por el desagüe. Se lavó las manos tantas veces que se le agrietaron los dedos. ¡Aun así sentía el aroma a caca cuando se olía los dedos! Se tiró sobre la cama y se secó las lágrimas de las mejillas.

Ni siquiera tenía ganas de ir a ver a Sara y Skipper hoy. Y eso que había ido varios días seguidos a mirarla montar y a hacerle cariño a Skipper. Y olvidó por completo los dientes chuecos de Sara... y sus rulos en la frente.

CAPÍTULO 15

Sábado. Papá estaba lavando el auto. Andrés fue a verlo. «¿Te ayudo?», papá lo miró y estiró el cuerpo. «Ok... ¿quieres limpiar el tablero? ¡Sueles hacerlo brillar!».

Andrés empezó. Poco después escucharon un auto llegar. Era Julio. «¡Hola!», dijo y se bajó del auto. «¿Está Ximena adentro?».

«Sí. ¡Pasa nomás!».

¿Qué es esto? ¿Julio tenía algo con su mamá? Y si ese era el caso, ¿cómo podía saberlo Gaspar? Y papá, ¿también venía cuando estaba papá?

«Papá, ¿por qué Julio viene tan a menudo?».

Papá dejó el paño en el capo del auto y lo miró. «¿No lo sabes?».

Negó con la cabeza. «Han contratado a Julio en la misma empresa que mamá. Y Mamá le está enseñando a usar unos programas».

Andrés volvió a tomar el paño y siguió. Sintió que le sacaban un peso de encima.

Cuando terminaron con el auto, papá y Julio se tomaron una cerveza mañanera. Julio se fue.

«¡No tiene la cabeza muy brillante ese Julio!», dijo mamá. Papá y mamá se sonrieron, papá tomó a mamá por la cintura y le dio un beso en la boca.

Aunque había nubes, el día no era tan malo para Andrés.

Andrés sacó su bicicleta y se fue a toda velocidad. Cuando llegó donde las casas estaban más alejadas, las nubes se dispersaron y salió el sol. Sara ya estaba montando a Skipper. Lo saludó con la mano de una manera que significaba que debía acercarse más. Estacionó la bicicleta y se metió por debajo de la reja. «¿No tienes ganas de probar?».

«¿Qué?».

«¡Ganas de montar, tonto!».

Le sonrió, con esa sonrisa que le gustaba tanto.

«Bueno...». Se veía tan fácil. Pero nunca había pensado si quería probar...

Skipper le olfateó el pelo y él le acarició el pecho. Esa piel tan caliente y suave. Se bajó, se sacó el casco y lo puso en su cabeza. No le quedaba perfecto, pero estaba bien, decía.

«¡Pan de centeno! Me he olvidado», dijo Andrés. Sara le dio un cubito de azúcar que Skipper inmediatamente le quitó de la mano. «¡Soborno!», se rio Andrés y pensó en cómo iba a subirse al lomo tan alto de Skipper. Pero entonces Sara formó un apoyo con las manos juntas para que pudiera subirse y listo, pasó la pierna y estaba sentado en la silla de montar. ¡Pero wooow, era muy alto! ¡Casi como estar en el piso once y mirar hacía la tierra! «¿Si me caigo...?». Quería ser valiente, pero le costaba.

«Un buen jinete se cae a veces». Puede ser que la intención fuera tranquilizarlo, pero no lo logró.

«Se llama morder el polvo».

«¿Morder?«.

»Es solo algo que se dice. ¡Mira! «Le mostró cómo tomar las riendas. Y colocar las piernas. «¡Y así haces que empiece a andar!». Era algo con las piernas y el sonido que emitió. Hizo lo que dijo y Skipper empezó a caminar. Andrés oscilaba de un lado a otro. ¡Wau! Tenía que afirmarse bien. Se aferró al borde de la silla y apretó las piernas contra los costados de Skipper.

«¡Siéntate derecho!», comandaba Sara. ¡Era mucho más difícil de lo que parecía!

¡Cuando se sintió un poco más tranquilo, Skipper empezó a trotar! ¡Uh! Se aferró bien de las crines. Se dio la vuelta para ver qué hacía Sara. ¡Estaba doblada de la risa! ¡Era evidente que no lo había hecho bien! Aun así estaba orgulloso cuando lo ayudó a bajarse después de secarse las lágrimas que le provocó la risa. Se había reído tanto. «No, ya, voy a parar», pero se seguía riendo. «Yo también fui principiante alguna vez. ¡La próxima vez va a ser mucho más fácil!».

En la tarde ayudaba a levantar las barras, cuando los cascos de Skipper les pegaban hasta que se cayeran. A veces, el caballo se rehusaba y Sara se molestaba. Rehusarse, así se llamaba cuando Skipper se negaba a saltar. Tenía que practicar la pronunciación de esa palabra, rehusarse.

«¡Y solo falta un mes para la competencia!», decía. Andrés pensaba que eso estaba bien, aunque no entendía nada. «¡Si lo hace ahora, seguro que no lo hará cuando llegue el momento!».

Se encogió de hombros como respuesta a su lógica; solo lo decía para consolarla. Tenía las mejillas coloradas de estar al aire libre.

«¡Vamos a casa a tomar té!», propuso Sara mientras se bajaba de Skipper y le quitaba la silla de montar.

No tenía ganas de entrar a la granja, pero tampoco pudo decir que no ahora que... En la cocina había lo que su mamá llamaría un desorden infernal. Habían tasas y platos en la mesa y su mamá estaba limpiando unas verduras. Había tierra en el lavaplatos. Un corral de bebé estaba en el centro de la cocina. Una niña pequeña estaba debajo de unos juguetes que colgaba sobre el corral y los mocos le corrían. Balbuceaba y le sonrió a Sara cuando se agachó sobre ella.

«Así que tú eres Andrés», dijo la mamá de Sara y estiró la mano. «Sara me ha hablado de ti».

Hacía tanto calor en la cocina que las ventanas estaban empañadas.

«Skipper es un caballo tierno». Lo dijo para decir algo. La mamá asintió y puso a hervir el agua. «Pero tiene una personalidad nerviosa». Sara sacó tazones. «¿Quieren una rebanada de pan?». Ya lo estaba cortando y las migas saltaban para todos lados desde el mendrugo crujiente. Olía a pan recién horneado. «Está caliente todavía... casi no lo puedo tomar».

«¡Uhm, ñami!». Sara pasaba la lengua por los labios y apuntó a una silla donde Andrés se podía sentar.

«¿Vendrás a ver la competencia?», preguntó la mamá.

«¿Qué? Sí, claro». Tenía que recordar pedir permiso en casa.

«¡Andrés va a ser bueno para montar!». Sara miró a su mamá.

«Bueno...», dijo Andrés y pensaba que no tenía mucho de qué jactarse.

Les pasó el pan donde la mantequilla se derretía como lagos amarillos. «¿Qué dicen tu mamá y papá de que estés intentando montar?».

«Que está bien», mintió. Porque ni mamá ni papá ni nadie más sabía dónde estaba en este momento. Tampoco que Sara se había convertido en su amiga. Amiga... así tampoco lo había pensado él mismo. No hasta ahora.

* * *

Andrés iba a ver a Sara todos los días. Entrenaba tenaz para la competencia. A veces, incluso lo dejaba montar. Una vez de hecho, intentó saltar un pequeño obstáculo y tuvo que "morder el polvo". Le dolía un poco un brazo y se lo tocaba para ver si estaba todo en su lugar.

«¡Arriba de nuevo!», dijo Sara y Andrés la encontraba exigente a ratos. «Para que no tengas miedo a montar». Lo ayudó a subirse. Cuando estaba allí sentado y solo tenía por encima las nubes, miró a Sara. «¡Ahora eres un jinete de verdad!», dijo y le hizo cariño a Skipper.

Andrés le sonrió y olvidó todo sobre los recreos insoportables en los baños de niños y que lo excluían cuando jugaban balonmano en educación física. Que Gaspar hacía de sus días escolares un infierno hasta tal punto, que contaba los minutos, hasta el timbre después de la última clase.

¡Pero cuando estaba donde Sara era libre! Y la mamá de Sara servía té y pan, es más, le había empezado a gustar el té. La mamá de Sara tenía hoyuelos y caderas que oscilaban cuando caminaba. Y cuando se reía lo hacía desde el estómago. Y ya no se daba cuenta del desorden en la cocina. La hermanita, más grande que la del corral, caminaba insegura y tomaba todo lo que encontraba, andaba como si acabara de bajarse del lomo de un caballo. Solo había saludado un par de veces al papá. Siempre estaba ocupado en el campo o con las vacas.

«¡Has visto el diario?», preguntó la mamá de Sara y no esperó su respuesta. Buscó una página en el diario local.

«Ah, no mamá», jadeó Sara y quiso quitarle el diario. Pero la mamá esquivó su mano.

Había una foto grande de Sara y el titular decía: «¿SARA SERÁ LA GANADORA?». Se trataba de la competencia de salto ecuestre para *juniors* que tendría lugar en un mes. Andrés miraba la foto de Sara. «No te pareces mucho», dijo, pero igual encontraba impresionante que saliera en el diario.

«¡Hubiera sido mejor si no hubieran escrito nada!». «¿Por qué?».

«Sí, porque ahora es como que piensan que voy a ganar».

«Tonterías», dijo su mamá y guardó el artículo. «Tu haz tu mejor esfuerzo simplemente...».

«¿Salgamos de nuevo?», propuso Sara y se levantó. Andrés dio gracias por el té y se puso sus botas.

CAPÍTULO 16

Andrés no se había dado cuenta de que Skipper estaba bastante lejos. Sara ya estaba montando el caballo. ¡Andrés se encontraba junto a uno de los obstáculos cuando Gaspar, Michael y Ramiro pasaron volando en las bicicletas!

Gritaron algo, pero Andrés no pudo escuchar qué. Entonces pararon donde estaba su bicicleta. Uno de ellos sostuvo la de Gaspar mientras él pateaba la de Andrés. La luz voló muchos metros. ¡Gaspar se paró encima de ella y empezó a saltar! ¡Esa bici nunca podría volver a usarla! Sara se acercó galopando.

«¡Es Gaspar!», dijo con terror en la voz. ¿De dónde conocía a Gaspar? Pero no se lo podía preguntar en este momento. ¡Porque iba hacia ellos! Skipper daba pasitos y mostraba lo blanco de los ojos.

De repente desaparecieron. «Uf, ¿se habrán ido?», preguntó Sara. Pero Andrés temía que solo se hubieran escondido detrás de unos árboles que estaban a lo largo de la calle.

«Sigamos como si nada hubiese pasado, mejor», determinó Sara y se fue hasta el extremo más lejano del campo. Pero Andrés no se sentía seguro para nada. Todo podía pasar cuando

Gaspar estaba cerca. Sara volvió con Skipper y empezaron a saltar los obstáculos.

«¿Se habrán ido?», preguntó. No podía ni verlos ni escucharlos. Al parecer habían desaparecido.

De repente, el grito de Gaspar irrumpió el silencio: «¡BUH!». ¡Salió disparado de entre los árboles moviendo los brazos de arriba a abajo! Skipper se empinó y emitió un sonido que Andrés nunca había escuchado. ¡Luego empezó a galopar como loco! Sara se aferraba, se acostaba sobre el cuello y lo abrazaba. ¡Aaaah, querido Dios!, rezó Andrés que no solía rezar, ¡por favor no dejes que les pase nada! Pero ya estaban llegando al final del campo. ¡Y estaba la reja! ¡Con esa velocidad! ¿La saltaría? ¡Sí! Sara estaba colgando del costado del caballo, y jinete y caballo desaparecieron en una espesura de arbustos y pequeños árboles. ¡Eso debería parar a Skipper!

Cuando se dio la vuelta para ver adónde se habían ido Gaspar y los otros, vio las ruedas traseras de sus bicicletas al final de la calle justo antes de la curva. ¡Iban escapándose a toda velocidad! Andrés corrió lo más rápido que pudo, pasó por debajo de la reja y siguió en la dirección en que Skipper se había ido. No pensó más en Gaspar, Michael y Ramiro. ¡Ahora había que ayudar a Sara!

El corazón le palpitaba en la garganta. Ya no escuchaba los cascos de Skipper retumbar en la tierra. Las ramas de los arbustos le pegaban en la

cara y arañaban su ropa. No le importaba. Paró, tuvo que orientarse, escuchaba.

¡Un quejido débil! ¡Oh, Sara! ¡Despejó unas ramas y en el medio del matorral estaba acostada! ¡Con la pierna en un ángulo raro, erróneo! ¿Estaba muerta?

¡El celular! Pero no tenía el número de la mamá de Sara. Abrió los ojos y se agachó sobre ella. «¿Qué ha pasado?».

«¡Me duele mucho la pierna!», lloraba.

«¡El número, dame el número de tu mamá!». Sacó el celular del bolsillo y marcó mal! Lo hacía demasiado rápido, los dedos no respondían.

¡Ah, ojalá no se muriera mientras estoy aquí tonteando sin hacer nada bien!

«...Sí, soy yo, Andrés». ¡Ah, calma, tenía que respirar! Y tenía la boca tan seca. «¡Sara se cayó de Skipper!», tartamudeaba y balbuceaba. «Su pierna está muy rara...». ¿La mamá escucharía que Sara estaba llorando?

Estaría ahí de inmediato.

¡Tan pálida que estaba Sara..! ¿Sangraría en algún lado...? ¡Ojalá la mamá llegue antes de..!

Y entonces todo pasó tan rápido: la mamá que vino corriendo, todavía con el delantal puesto y la hermanita en brazos (la pequeña dormía).

Sara, que lloraba y decía que le dolía, cuando la mamá trató de levantarla, tuvo que desistir y dejarla en la tierra de nuevo. Andrés miró para el otro lado. ¡No soportaba ver la expresión en

la cara de Sara cuando la mamá trató de levantarla!

La mamá de Sara se encargó de llamar a la ambulancia. ¡Andrés estaba feliz porque había cargado el celular y era útil!

La ambulancia llegó con sirena y luces intermitentes. Y por una vez, Andrés estaba involucrado en un accidente. Siempre eran otros los accidentados que necesitaban una ambulancia. Pero pensaba que esta vez querría no participar, no era lo que se imaginaba. En el fondo, quería que fuera una película o un juego de *PlayStation*.

El papá de Sara tiene que haber visto la ambulancia parar en la granja. Llegó tan rápido con sus botas de goma que casi se tropezaba con las ramas. Cuando vio a Sara acostada tan rara, sus ojos dados vuelta y la boca abierta.

«¿Qué ha pasado?!», gritó y quizás había pensado que una de sus hijas se había caído al pozo, en el fuego, desde el techo o contra la cocina caliente. Los papás siempre pensaban lo peor cuando les pasaba algo a sus hijos. Eso le había escuchado decir a su mamá una vez.

¡Pero era Sara que se había caído del caballo y eso era terrible!

Ya se habían llevado a Sara en la camilla. Andrés había dicho que buscaría a Skipper. Pero no estaba seguro de que la mamá lo hubiera escuchado. Skipper no estaba muy lejos. Pastaba como si nada hubiera ocurrido y fue fácil agarrar las riendas y caminar con él hasta el establo.

Llovía tan suave que solo se sentía porque la cara se mojaba.

La pequeña había despertado y estaba llorando en el corral cuando Andrés entró a la cocina donde donde también se encontraba el papá. La otra pequeña estaba en sus faldas comiendo un pedazo de pan. Entonces, Andrés tuvo que explicar cómo había ocurrido. ¿Lo estaría escuchando? Miraba tan raro y subía y bajaba la hermanita en sus rodillas.

CAPÍTULO 17

Andrés estaba completamente aturdido cuando llegó donde estaba su bicicleta rota y tenía que irse a casa. Sin saber qué le había pasado a Sara quien ahora iba camino al hospital con su mamá.

Tomó lo que alguna vez había sido su bicicleta. Su bicicleta azul que pronto le quedaría chica, que tenía la silla en la posición más alta posible. La compañera que había estado con él tantos años, pensó, y acarició un poco el asiento en agradecimiento y sentía las lágrimas correr por sus mejillas. Se agachó y lloró y lloró hasta que le corrieron los mocos. Se los limpió con la manga y agarró el manubrio. Luego arrastró la bicicleta fatigosamente como pudo. Arrastraba y arrastraba su bicicleta rota y el tiempo pasaba e iba demasiado lento, ¿llegaría alguna vez a casa?

Ya estaba atrasado. Es como si tuviera que caminar hasta el fin del mundo... y no había ningún arco iris.

¿Por qué simplemente no sacaba el celular y llamaba a casa? Pero entre todo lo que pasó nunca pensó en eso.

Estaba oscureciendo y los autos pasaban volando. ¿Qué era ese sonido? Sí. El celular sonaba en su bolsillo.

«¿Dónde estás, Andrés?». Era mamá. Podía escuchar que estaba tan molesta como preocupada. Dijo que su bicicleta estaba rota y que llegaría lo más pronto que pudiera.

¡Ah, cómo quería pegarle a Gaspar! ¡Despedarlo! ¿A quién podría pedirle ayuda? ¿Tomás? Probablemente no era buena idea. Tomás solo quería estar frente al tonto computador. ¿Gaspar negaría haber estado allí y haber asustado tanto a Skipper que provocó la caída de Sara y, por eso, la llevaran al hospital? Y Michael y Ramiro ¿lo admitirían?

¿Y qué pasaría con la competencia del próximo domingo? ¿Y cómo le contaría todo esto a mamá y papá? Cuando no sabían quiénes eran Sara y Skipper, no sabían nada de Gaspar, no sabían nada de la competencia de salto ecuestre ni que Sara era la favorita...

Cuando arrastró la bicicleta destrozada dentro de la bodega, mamá estaba en la puerta. «¿Dónde has estado y qué ha pasado?», preguntó. Tomás apareció detrás de ella.

Texas llegó caminando apenas, gordo y redondo para saludarlo. Movía la cola y todo su largo cuerpo. Se agachó y le hizo cariño. «¡Hola, Texas!» y no se cuidó de su larga lengua que le pasó por la boca.

Suspiró y mamá se hizo a un lado para que pudiera entrar. «Es una historia larga».

«¡Hemos estado tan preocupados, Andrés! ¡Podrías haber llamado!». Ya habían cenado y todavía olía a cebolla y condimentos, como a países extraños, pero no tenía nada de hambre.

Papá también había llegado. Levantó la vista de su diario, se subió las gafas en la frente y puso el diario en las rodillas. Mamá tenía muchas preguntas. Papá salió para revisar la bicicleta. Decía garabatos cuando entró de nuevo. «¿Qué diablos es esto?», se le arrugó toda la frente.

De cierta manera Tomás lo ayudó.

«Yo escuché a Gaspar, ¿se llama así, ese gordo de tu curso...?», preguntó Tomás. Andrés asintió. «...hablar de espiarte junto con... ¿creo que eran tres?».

«¡¿Y por qué no me ayudaste?!».

«Tenía otra clase más... y no sabía dónde encontrarte».

Andrés lo entendió. Luego les contó sobre Skipper y Sara, a quienes había conocido por casualidad, que vivían en el campo, lejos de su casa.

«¿Te ibas hasta allá en bicicleta?», preguntó mamá incrédula.

Asintió.

«¿Todos los días?».

«Casi todos».

«¿Entonces qué pasó?».

En ese minuto tuvo que contar todo sobre Gaspar, que él había roto su bicicleta... pero peor,

todo lo que había pasado con Sara, que estaba hospitalizada, ¿y qué había pasado? No sabía ni cómo estaba.

«Y ese Gaspar...?», preguntaba papá. «¿Por qué rompió tu bicicleta?».

Y antes de que Andrés se diera cuenta, contó algo de lo que Gaspar le había hecho hace tiempo, pero no todo. No contó sobre la caca de perro, ni las lombrices en la mochila ni que lo molestaban diciéndole que tenía el pene pequeño, tampoco sobre que le mojaron los pantalones para molestarlo, menos el asunto de mamá... Pero les contó que tenía que esconderse en los baños durante los recreos.

Mamá negaba con la cabeza.

«¿Dónde estaba el inspector, Andrés?», preguntó papá. «¿No se daba cuenta? ¿No deberían tener ojo con ese tipo de cosas?». Las preguntas cayeron sobre él como chubascos. No alcanzaba a contestar una, antes de que el otro preguntara otra cosa.

«¿Hijo, por qué no nos contaste nada a nosotros?», quería saber mamá. En realidad, no sabía qué contestar.

En ese instante sonó el teléfono. Tomás llegó primero. «¡Andrés, es para ti!», le pasó el inalámbrico a Andrés. Era Raquel, la mamá de Sara. «¡Se ha fracturado la pierna, Andrés! Te manda muchos saludos».

¡Sara no iba a poder participar en la competencia del domingo! ¡Por culpa de ese gran idio-

ta y tonto de Gaspar! ¡Aaaah, tenía ganas de...!
¡Heracleum venenoso! ¡¡Así era como se llama-
ba la planta. El veneno...!!

CAPÍTULO 18

Mamá entró y se sentó en su cama cuando iba a dormir. Las preguntas todavía daban vuelta en su cabeza.

¿Por qué no nos contaste a nosotros..., tu mamá y papá? ¿Al profesor? ¡Pero no podía decirlo! Se pondrían demasiado tristes. ¡Y ahora mamá me daría un sermón!, pensó. Suspiró y cerró el libro. Igual no podía concentrarse en leer el libro.

«Andrés...». Mamá parecía que no sabía cómo empezar. «¡Ha sido terrible para ti!». Tenía lágrimas en los ojos. «Tenemos que hablar con Gabriel... sobre Gaspar».

«¡No, mamá!». Se sentó en la cama, recostado en el respaldo.

Tomó su mano. «Hijo, ¡tenemos que hacerlo!».

Papá se asomó en la puerta.

«¿Mamá está sermoneando?», sonrió.

Andrés asintió. Papá también se sentó en el borde de la cama. «Solo falta Tomás, ahora», dijo. Entonces papá se apoderó de la situación. «Sara, ¿ese era su nombre, cierto?». Andrés asintió. «Andrés, los papás de Sara obviamente van a contactarse con el colegio y hablarán con el director».

Bueno, Andrés no había pensado en eso. «Y mamá va a hablar con Gabriel... entonces vamos a ver qué pasa».

Mamá y papá se miraron. Percibía que no iba a ayudar protestar.

«Yo creo que deberíamos pedir una reunión de apoderados», propuso mamá.

Papá se encogió de hombros. «Quizás».

«¿Y supongo que quieres visitar a Sara en el hospital», afirmó mamá. Asintió. «Solo tenemos que saber dónde está. Me imagino que entiendes eso». Mamá le dio un beso y él volvió a acostarse.

Papá se levantó y le tomó de la nuca. «¡Ya lo vamos a resolver, hijo!». Le guiñó el ojo a Andrés.

¡A Andrés no le gustaba la idea de que mamá y papá fueran a hablar con Gabriel! Pero pensó más en cómo estaba Sara. Gaspar no fue al colegio al día siguiente. Michael y Ramiro lo evitaron.

Después del colegio se fue en bici al hospital. Tomás le había prestado la suya aunque le quedaba tan grande que casi no alcanzaba los pedales.

¡Uf, no le gustaba ese olor a hospital! ¡Y todas esas batas blancas! Ahora bien, ¿cómo la encontraría? ¿Tendría que haber un departamento infantil?

Se veía tan distinta con la bata del hospital y en una alta cama blanca. Había un ramo de flores en la mesa. Su rostro se iluminó con una sonrisa

cuando lo vio. Los dientes chuecos y los rulos en la frente... se sintió tímido, extrañamente... como si no la conociera tan bien.

«¡Hola!», dijo. Encontraba que hacía demasiado calor en la habitación. Frente a Sara había otros dos niños. Eran más pequeños. Uno miraba televisión: *El libro de la selva*.

«¡Hola!». Sara se sentó en la cama.

«¿Qué te han hecho?».

«Han reparado mi pierna». Levantó el plumón para que pudiera ver su pierna que estaba envuelta en algo blanco. Sabía que pensaba en la competencia.

«¿Te dolió?».

«Yo dormía... la anestesia».

«Entiendo».

«Eso sí, tenía náuseas después».

No estaba seguro qué decir. Pero entonces se acordó de Gaspar. «Oye, ¿de dónde conoces a Gaspar?».

«¡Ah! Del colegio. Íbamos al mismo curso».

«¿En serio?».

Asintió. «¡Lo molestaron tanto que tuvo que cambiarse de colegio!».

«¿Molestaron? ¿A él?».

«Sí. Y tuvo que repetir cuarto».

«¿Vas en quinto?».

«Sí. Mamá y papá van a hablar con sus papás».

«Obvio...». Pensaba en que sus papás iban a hablar con el profesor jefe. Pero Sara no sabía que Gaspar lo molestaba a él.

¡Nunca se le pasó por la cabeza de que antes lo habían molestado a él!

«¿Crees que dejarán constancia con la policía?».

Sara pensaba que no.

«¿Qué pasará con la competencia?», preguntó Andrés. Sara solo se encogió de hombros, pero se dio cuenta de que se puso triste.

«Menos mal que no le pasó nada a Skipper», dijo después de un momento.

* * *

«Vamos donde Gabriel mañana», le contó papá en la noche. Lo había llamado.

«¡Tan pronto!». Andrés se estremeció ante la idea.

«¿Encontraste a Sara?», preguntó mamá.

«Sí».

«¿Se alegró con tu visita?».

Pensaba que sí.

«No habrán competencias de salto ecuestre para ella por un buen tiempo», constató mamá con un suspiro. «¡Niños!», dijo. «Pueden ser tan duros».

Antes de visitar nuevamente a Sara, iría a ver a Skipper. Pero primero, tuvo que comprarle gominhas a Tomás para que le prestara su bicicleta.

Se puso una polera y se lavó los dientes. Odia el mal aliento. Gabriel olía a humo y a veces Luisa a café. Creía que ambos eran feos. Se miró

en el espejo. ¡Su pelo era tan...! ¡Aagr le cargaba! Se echó agua para que se parara. Tomás usaba gel pero no tenía ganas de usar eso. ¡Apestaba... como perfume!

Skipper lo reconoció. Vino lentamente hacia él. Había robado unos cubitos de azúcar en la casa y había pan de centeno en su lonchera. Se lo comió. Después le hizo cariño en el pelo con los labios suaves.

«¿Saludo a Sara de tu parte?».

Movía la cabeza para arriba y para abajo como si entendiera. Le rascó un poco la frente. Donde tenía la gran mancha blanca. Le ordenó el pelo tieso para estuviera justo sobre lo blanco. «¡Lamentablemente ahora no podrás mostrar lo que puedes hacer!».

«¡Hola, Andrés!», era Raquel. No había escuchado que venía y se asustó mucho. «¿Vas a ver a Sara?». Él asintió. «¿Quieres ir conmigo?».

«Sí, gracias». La bicicleta de Tomás podría colgarla en el porta-bicicletas de la parte trasera del auto, le dijo Raquel.

«¡Creo que Sara quiere hablar contigo sobre algo!».

«¿Qué cosa?».

Tenía una expresión de secreto. «Mejor que ella te lo cuente». Cuando se estaban acercando a la ciudad, Raquel dijo: «Mañana voy a llevar a las pequeñas conmigo». Cambió de marcha. «Echan de menos a su hermana mayor. Por lo menos Maya. Y Sara también las echa de menos».

Asintió. «Lo bueno es que su papá las cuida mientras no estoy», dijo. «¡Maya es una traviesa!». Se giró y le sonrió, se le marcó un pequeño hoyuelo en una de sus mejillas.

CAPÍTULO 19

¡En primera instancia, cuando Sara lo dijo se puso muy feliz! Pero después sintió una terrible intranquilidad en el estómago. «¡Pero yo no sé montar como tú!».

«¡Haz tu mejor esfuerzo!». Era como escuchar a mamá. La mamá de Sara, en tanto, asintió, sí Andrés, tu mejor esfuerzo. «¡Para que Skipper pueda participar! ¿No lo ves?».

«¡Pero si te reíste de mí!». La veía como se doblaba de la risa allá en el campo.

«Eso fue solo la primera vez que lo intentaste...».

Se encogió de hombros. «No sé...».

«Obviamente, tienes que preguntarles a tus papás primero», dijo Raquel.

No lo había pensado para nada.

«¡Y si quedo último!».

«¿Entonces qué? Entonces lo intentaste... es mejor intentarlo».

«No presiones a Andrés», dijo Raquel. «Piénsalo... y habla con tu mamá y papá primero». Lo tomó del hombro. Tenía las manos tan calentitas. «Y pienso lo mismo que Sara: Tienes un talento innato, Andrés. ¡Pero por supuesto uno no aprende a saltar en un mes!».

«¡Pero mañana ya es miércoles!».

«Yo estoy dispuesta a entrenar contigo todos los días, hasta que... o sea, si es que te decides a hacerlo».

Camino a casa en la bici pensaba tanto que sentía que le crujían las neuronas. Que seguramente se veía tonto andando de lado a lado en la bici, de modo que se olvidó por completo de Skipper y el salto ecuestre.

Iba colina abajo y subió la velocidad.

Monta un caballo tordo. Es salto ecuestre, competencia. Sabe que mamá y papá están allí, Tomás y Sara y los papás de Sara, que mamá y papá están ultra nerviosos por cómo le va a ir. No está nervioso. ¡Él sabe hacer esto!

¡Pero, de repente, ve a Gaspar! Gaspar y todos los otros del curso están allí también. Se le reseca la boca. ¡Ahora más que nunca, tiene que lograrlo!

Un auto le tocó bocina. Iba muy lejos del borde de la calzada. Se acercó al cordón. El automovilista lo miró enojado al pasar.

¡Ahora Skipper baja un obstáculo y otro más! ¡Y entonces se rehúsa! ¡Nunca lo va a lograr! ¡¡Buh!!, grita el público. Y ahora escucha a los del curso: ¡se ríen! ¡Gaspar se golpea las piernas de la risa! «De-dónde-vienes, ¡han visto que se cree que es alguien!» ¡Y todos lo pifian y se doblan de la risa!

Texas lo recibió en la entrada de auto. Lo acarició. «¡Ya te voy a buscar algo rico!». Tenía que

tener cuidado con la lengua larga. ¡Y en un dos por tres le había lamido la boca!

¿Mamá y papá le darían permiso para participar del salto ecuestre el domingo? ¿Era una idea tonta o muy loca? ¿Se caería y quedaría en ridículo? ¿Cómo se le ocurriría que iba a poder lograrlo? ¡Él, solo un niño de cuarto, con pecas!

Sara llamó por teléfono en la noche. «¡Me han dado permiso para ir!».

«¿Adónde?».

«¡Salto ecuestre, tonto!». Era raro, cuando decía tonto era como que no lo decía en serio, incluso sonaba tierno y cercano, casi que se ponía contento al escucharlo.

«¿Pero...?».

«En silla de ruedas. ¡El hospital le prestará una silla a mamá!».

Eso resolvió el caso. ¡Él tenía que participar entonces! Si es que le daban permiso, desde luego. Iba a esperar y preguntar después de que mamá y papá hablaran con Gabriel. Mañana, mañana lo haría...

* * *

Cuando mamá y papá volvieron de la visita a casa de Gabriel, todavía no se dormía. Quizás mamá lo sabía porque abrió la puerta de su habitación despacito.

«¿Estas durmiendo, Andrés?», susurró.

«¡No!». Estaba totalmente despierto, se sentó en la cama y prendió la lámpara sobre su cabeza. Papá también entró.

«Bueno, salió todo muy bien», dijo papá y se sentó en el borde de la cama, mientras se soltaba el nudo de la corbata.

Mamá suspiró. «Gaspar lo pasaba mal en el colegio de donde venía».

Andrés asintió, pero no sentía la más mínima compasión por él, al contrario. ¡Le deseaba todo lo peor que podía imaginarse! ¡Jugo de un Heracleum! ¡Para que le doliera el estómago terriblemente y se muriera!

«Y se le hacía difícil entender la materia. Es por eso que está repitiendo cuarto», dijo papá.

Bueno, pero todo eso ya lo sabía.

«Sus papás estaban muy tristes por lo de... lo de Sara». Mamá dijo que el director le había dicho eso a Gabriel, como era su costumbre agarró una mecha de su cabello.

«Y Gabriel prometió que el bullying iba a terminarse», continuó papá.

«¿Qué más dijo Gabriel?», preguntó Andrés.

«Mañana va a conversar con todos ustedes sobre esto».

¡Uf! Andrés se tapó la cabeza con el plumón. Ya se lo imaginaba: ponerlo delante de todo el curso, ser algo especial. ¡Eso empeoraría todo!

«También nos dijo que no entendía por qué no habías acudido a él», dijo mamá.

¡No, había mucho que los adultos no entendían!

«Además, va a haber reunión de apoderados la próxima semana y luego en un mes. Para hacer seguimiento de cómo van las cosas».

¿Quizás ahora era el momento de preguntar si podía participar en la competencia?

«¿Mamá... puedo montar a Skipper el domingo?».

«¿Tú?». Lo miró incrédula.

¿Acaso no sabía que tenía a un futuro campeón delante de sus ojos?

«¡De ninguna manera! ¡Te podrías caer... quebrar algo... no!».

«Ah Ximena, ¿no es una decisión un poco apresurada?».

«¡Pero, Andrés no sabe montar!».

«A ver, un momento, ¿qué sabemos sobre eso?».

Andrés tuvo que contar que había montado algunas veces y también había intentado saltar. Que Sara quería que participara, aun sabiendo que obviamente no iba a ganar. Pero no dijo nada de que se había caído de Skipper.

«¿Y si terminas último?», preguntó mamá.

«Andrés...», dijo papá, «¡es el nombre de un ganador!». Y lo boxeó un poco en el costado mientras se reía.

«Ah, para», dijo Andrés.

«Mamá y yo lo vamos a conversar. Mañana te contamos», dijo papá.

«Buenas noches mi pequeño». Mamá se agachó sobre él y le dio un beso grande. Podía oler que había tomado café.

CAPÍTULO 20

Mamá tenía libre el siguiente día. Estaba en la puerta cuando se fue, de todos modos quiso enviarlo al colegio.

«¿Y qué pasa con el domingo?». Se dio la vuelta. Se quedó mirándolo detenidamente. «¡Está bien, Andrés!».

Debería haberse puesto tan feliz. Pero tenía una sensación rara en el estómago.

Tenía que irse mucho más temprano al colegio de lo normal porque no podía usar la bicicleta. Estaba muy enojado por eso.

«Mira la luz», decía mamá y apuntaba. «La luz suave que hay en esta estación del año». Siguió su dedo. Era el tiempo en que las manzanas se caían, estaban maduras y habían ciruelas. Nicolás tenía un árbol lleno de ciruelas azules, oscuras y jugosas con un sabor que te daba escalofríos, y de paso, pensó en lo bueno que era que Nicolás fuera su amigo.

¿Pero luz suave? Si no se podía tocar, ¿por qué era suave? Solo asentía y pensaba en las veces en que papá decía que mamá era una mujer natural, ¿y qué significaba eso? Era como si quisiera decir que no era su culpa. Había que aceptarlo. Mujer natural.

A veces los adultos decían cosas muy raras.

Finalmente, se despidió de mamá a lo lejos saludándola con la mano y empezó a caminar, acomodó la mochila en la espalda.

¿Qué diría Gabriel hoy? ¡Ah, odiaba ir al colegio! Le pegó una patada a una piedra que voló lejos.

Cuando entró al patio, llegó casi al mismo tiempo que Gaspar. ¡Y por primera vez en todo el tiempo que llevaba en su curso, no lo molestó! ¡Y justo hoy era probable que Andrés le hubiera partido la cara si lo hubiera molestado! ¡Gaspar era el culpable de que Sara estuviera en el hospital y de que no pudiera participar en el salto ecuestre! ¡Debería de haberle dado veneno hace mucho tiempo!

Andrés no pudo concentrarse en la clase de Luisa. Por alguna razón no lo hizo salir adelante. Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, no fue necesario esconderse en el baño de niños. Lo único que Gaspar hizo fue empujarlo en la puerta al salir a recreo.

Finalmente, llegó la clase de Gabriel. Por primera vez había silencio cuando entró.

«Chicos, hoy vamos a hablar de bullying», dijo y miró por sobre sus cabezas. «Íbamos a tener inglés... pero lo cambiamos». Había completo silencio. «Tomaremos la clase de inglés el viernes».

«¿Alguien conoce a alguna persona a quien le hayan hecho bullying?».

Silencio. Algunos de los niños se movían inquietos en sus sillas. Michael se balanceaba en la suya.

Pero nadie decía nada. «¿Michael?», preguntó Gabriel. Michael negó con la cabeza.

«¿Gaspar?».

Gaspar dijo algo que no se oyó. «¡Tienes que hablar más fuerte, de lo contrario, no te escuchamos!».

«No».

De repente, Andrés se dio cuenta de que había un hoyo en su mesa. Alguien había hecho una raya con algo puntiagudo. Dejó que su dedo siguiera la raya.

«También puedo preguntar de otra manera. ¿Cómo piensan que es ser víctima de bullying?».

Silencio. Incluso se podían escuchar risas de la clase de al lado, de tan profundo que era el silencio en la sala. Mientras, el dedo de Andrés estaba ocupado siguiendo la raya en la mesa una y otra vez.

«¿Están completamente mudos hoy?».

Entonces Cristina levantó el dedo. Gabriel hizo un movimiento con la cabeza, sí, puedes decirlo, significaba el movimiento con la cabeza.

«Creo que no es agradable».

Gabriel asintió. «¿Qué quieres decir con agradable?».

No supo cómo contestar, aunque lo pensó mucho. Y levantó el dedo de nuevo. «Yo creo que uno se pone muy triste».

Pero entonces todo volvió a cero de nuevo. Gabriel preguntó de muchas maneras distintas, pero nadie quiso decir nada. Era casi como si

se hubieran puesto de acuerdo de mantener las bocas cerradas.

Sonó el timbre, pero Gabriel no hizo caso. «¡Se quedan aquí!». Ramiro y otro par de chicos se volvieron a sentar. «¿Saben qué pienso? Pienso que vamos a hacer un juego de roles». No le importó que algunos reclamaran o dijeran “qué lata”. Michael tenía que ser la víctima. Los molestosos eran Gaspar, Ali, Pablo y Susan.

Gabriel quiso hablar con ellos de a uno. «Y si los molestosos paran y no se les ocurren más maneras de molestar, les pueden preguntar a ustedes. ¡Entonces tienen que darles una idea!».

¡Andrés estaba feliz porque no tenía que estar allí frente a la pizarra! Gaspar miraba el piso.

Y entonces empezó. A Michael lo llamaron huevón grandulón (aunque Gaspar era más grande), lo molestaron porque usaba lentes, cuatro ojos, porque su bicicleta era blanca... y no se les ocurría nada más, así que tuvieron que preguntar al curso. «Andrés», preguntó Ali. Andrés se quedó en blanco. «¡Pedazo de mierda!». Algo tenía que decir. Gabriel levantó las cejas, pero no dijo anda.

Fue una clase larga, en especial para Michael. Aunque era un juego, solo un juego de roles, se notaba que estaba incómodo. Gabriel detuvo la dinámica. Como solían aplaudir después de los juegos de roles también lo hicieron esta vez, pero no de manera convincente. Era como si todos se sintieran mal.

«¿Cómo se sintieron al mirar esto?», preguntó Gabriel. Ninguna respuesta. «Michael, ¿cómo fue para ti?».

«¡No fue para nada entretenido!», dijo convincente. «¿Qué sentías?».

«Me sentí mal».

Después quiso escuchar a los molestosos. Gaspar casi no dijo nada. «¿Ali?».

«Era difícil seguir inventando cosas para molestarlo».

«¿Susan?».

«Me daba pena por Michael».

«Si yo les digo que a alguien de este curso, aquí... justo aquí, le están haciendo bullying constante. ¿Hay alguno de ustedes que no lo supiera?». Barrió al curso con su mirada de nuevo. Nadie levantó el dedo. «Entonces, todos saben que a Andrés le han hecho bullying. ¡Todos, excepto yo!».

Hubo un silencio tan profundo que tragar saliva podía ser un sonido fuerte.

«¿Cómo puede ser que nadie... repito, nadie, me lo haya contado?».

Silencio.

«¿Alguien cree que es cómodo o agradable que te molesten? ¡Contéstenme!».

Se escuchó un tímido murmullo: "no" extendido en la sala. «Entonces ¿no es, acaso, su responsabilidad venir a contármelo si saben que está mal?». Gabriel estaba enojado ahora. Su voz era aguda y fuerte cuando retaba. Uno casi se agachaba con tal de evitar su voz.

«¡Susan, Cristina!».

«Sí», dijeron bajito.

«¿Ustedes no molestaban... podrían haberlo dicho o no?».

«Sí...».

«¿Queremos ser un curso agradable? ¿O queremos ser un curso que hace bullying?».

Andrés pensaba que era suficiente. Todos estaban incómodos, también él. Gabriel se paseaba entre las mesas y los miraba a los ojos. A los que no miraban el piso o la mesa, desde luego.

«Chicos, es cierto, no se puede ser amigo de todos. Pero tenemos que respetarnos. ¡Esto nunca jamás debe repetirse! ¿Entienden?». El silencio casi resonaba.

«¡Contesten por favor!».

«Sí».

«¡Más fuerte!».

«¡Sí!».

«¡Tan fuerte que se escuche en el patio!».

«¡Sííí!».

Finalmente terminó. Gabriel les había dicho que les iba a contar sobre el juego de roles de hoy a los papás durante la reunión de apoderados de la próxima semana. Y que iban a hablar del bullying que había tenido lugar en el curso.

Andrés quisiera haber tenido su bicicleta para poder irse rápidamente a casa. Ver a Skipper y después a Sara. Debería tratar de montar a Skipper de nuevo si es...

Pablo llegó a su lado arriba de la bicicleta. «¿Te llevo?», apuntó la rejilla trasera de su bicicleta. Andrés se subió. «¿Dónde está tu bici?».

«Rota... necesito una nueva». Pablo zigzageó un poco hasta recobrar el equilibrio.

Gaspar los pasó, pero no los miró y tampoco dijo nada.

CAPÍTULO 21

«¡Te ayudo a subir!», era la mamá de Sara. Y cuando estaba allí tan alto debajo de las nubes, dijo: «No hay problema con que montes tú en vez de Sara. He hablado con los organizadores de la competencia... o sea, si tú quieres».

¡Sí, quería! Y mamá y papá habían dicho que estaba bien.

Le dio la señal a Skipper para comenzar el entrenamiento, un golpe lateral y Skipper empezó a trotar. Tenía que recordar lo que hacía Sara cuando iba a pasar un obstáculo: inclinarse. ¡Uf! Los cascos tocaron la barra que se cayó.

«Sí, eso, levántate en la silla», gritó. «¡Hacia adelante!». En uno de los obstáculos se inclinó tanto que pegó los dientes contra el cuello de Skipper. ¡Tenía que aprender rápidamente! No quedaban muchos días.

Raquel se quedó con él mientras montaba. «Su papá está de niñera», dijo, y se sonrió, se le marcó el hoyuelo en una de sus mejillas. «Le hace bien practicar un poco. El domingo vienen los abuelos... mientras estamos en la competencia».

Uf, no debía pensar en la competencia. Cuando uno pensaba así, era imposible no pensar en lo que no deberías: pensó en la competencia y

la gente que iría, en cómo le iba a ir, si haría el ridículo, y ¡qué se creía!... que podía montar a Skipper en la competencia de salto.

En la noche papá dijo: «¡Si quedas último el domingo, te regalo una bici nueva!».

«Qué lata», dijo Tomás. «¡Yo también quiero una bici nueva!». Entonces se le ocurrió una idea. «¡Papá, le paso la mía y a mí me das una nueva!».

Papá pretendió no escucharlo.

«¿Cómo te fue en el colegio, Andrés?», preguntó mamá.

«Bien...», dijo Andrés. Contó que habían hecho un juego de roles sobre bullying.

Mamá lo miró con esa mirada que humedecía sus ojos. ¡No lo soportaba! Se fue a su habitación. Debía hacer tareas, pero cuando sacó el libro se quedó dibujando un caballo, que no se parecía para nada a un caballo, también escribió Sara a un costado, así sin pensarlo. "Sara". Cuando se dio cuenta arrugó el papel y lo tiró a la basura.

* * *

Estaba cepillando a Skipper para que estuviera hermoso el domingo. Al pasar el cepillo por el pelaje del caballo, salía una nube de polvo. Skipper se movía inquieto. «¿Sientes que Sara no está aquí?», preguntó y se agachó para cepillarlo un poco por el abdomen. La piel tiritaba como si le hiciera cosquillas, el pelaje era más suave y lanudo ahí. Le hizo cariño. «Mira...», dijo y buscó un

par de zanahorias en su mochila que estaba fuera del box en un faja de heno. Skipper se comió rápidamente la zanahoria. «Es mejor para tus dientes que el azúcar».

«¡Hola Andrés!», era Raquel. «Por favor, ayúdame a recordar que Skipper debe llevar protectores en las piernas durante la competencia». Asintió y miró sus largas piernas delgadas. Skipper golpeó con la pierna la pared de madera del box. Quería más zanahorias. Andrés hurgaba en su mochila para darle otra.

«Yo te voy a ayudar». Asintió. Ella deslizó la mano por las crines. Él ya había desenredado las peores partes. Entonces ella sacó una brizna de paja de la cola. «La multa es llevar dulces... a la escuela de equitación».

«¿Qué?».

«Si hay paja en la cola». Se sonrió y revisó los pelos. Entonces le mostró el cabezal que Skipper usaría. ¡Tan bonito! Lo tocó con cuidado. La correa que pasaba por la frente era como una joya con diamantes brillantes. ¡Se vería tan hermoso!

«Hubo drama en el colegio», dijo entonces. Andrés se enderezó y la miró con una mirada rápida. «El director ha hablado con los papás de Gaspar». Se apoyó en el box. Salía vapor de una bosta de caballo que Skipper había dejado caer.

«Gaspar vendrá a disculparse». Movié la cabeza de lado a lado. «No lo entiendo... pero tampoco ha sido fácil para él».

Andrés no sabía qué quería decir con eso. ¿Fácil? ¿Dónde? ¿En el colegio o en la casa? No quiso preguntar porque no quería pensar en Gaspar.

* * *

Sara estaba sentada en la cama con su propia ropa y se veía casi sana. «¡Me voy a casa el domingo!», dijo y se sonrojó. Tenía ganas de tocar su brazo. Se veía tan suave y esos rulos en la frente, y ¿por qué no tenía un hoyuelo como su mamá? Pero su sonrisa era tan tierna, ¿quizás porque sus dientes eran chuecos? Estaba tan ansiosa, le hablaba de cómo debería hacerlo, cómo tenía que sentarse en la silla de montar, inclinarse hacia adelante en el salto, seguir al caballo, cómo deberían ser las riendas y tantas cosas que se mareó de pensar en ello. Y de repente había pasado el tiempo y tenía que irse a casa, tenía tareas, y tenía que hacerlas para no tener problemas, ¿adónde se iba el tiempo cuando estaba con Sara?

Se levantó y tomó su chaqueta, no podía esperar más. ¡En ese instante se abrió la puerta y allí estaba Gaspar! Miró primero a Andrés y luego a Sara. Luego miró las otras camas en la habitación, los dos niños pequeños, el televisor y de vuelta a Andrés y después a Sara. «Hola», dijo con una voz pequeña. Raspó un poco con el pie, casi como lo haría Skipper, y dio dos pasos

hacia la cama de Sara. Andrés consideró cuál debería ser su próxima jugada.

Ve el enemigo acercarse, estilo cámara lenta, como en las películas. ¿Cuándo sacará el revólver de seis tiros? Traga, pero no debe demostrar que tiene miedo. El caballo está listo afuera y tiene espuelas en las botas. Entrecierra los ojos contra la luz del sol. Con la mano siente el acero frío que sigue en su lugar, esperando, en el ancho cinturón con remaches de acero. ¡Finalmente la hora de la verdad ha llegado!

Gaspar lo miró. Estaba seguro de que deseaba que Andrés no hubiera estado allí. Tenía un regalo con una rosa roja en la mano.

«¡Hola Andrés!».

«¡Hola!».

¡Le dijo su nombre de verdad!

Andrés miró a Sara. La sonrisa había desaparecido de su cara.

«Bueno, ¡nos vemos!».

Andrés levantó la mano para despedirse y, se iba, pero se detuvo.

Sara parecía tener ganas de levantarse de la cama e irse con él. En un momento llegaría su mamá con sus hermanitas.

¿Qué iba a decir Gaspar? Quería escuchar a Gaspar disculparse. ¿Y qué había en el regalo?

Gaspar aclaró la voz. No había entregado el regalo. «Lo siento, lo que...».

«¡Sí, y con mucha razón!».

dijo Sara. Aquí no había ninguna salvación. Gaspar miró su pierna.

«¿Te duele?». Ella entrecerró los ojos: «¿Qué si me duele?! ¡Me duele más que la cresta!», dijo enojadísima.

«Y lo de Andrés...». ¡Ah, que se calle! No quería que Sara lo supiera.

«¿Qué quieres decir? ¿Andrés?». Se sentó más derecha en la cama y miró a Andrés que estaba parado sin poder reunir fuerzas para irse.

«Bueno... es que, le he estado haciendo bullying!».

«¿Tú le has hecho bullying...?». Asintió. «Pero...».

Sara tenía los cachetes rojos de enfado. «¡Pero, no entiendo...! ¡Si tú sabes cómo es que te hagan bullying! ¡¿Por qué...?!». Sonaba muy parecida a Gabriel enojado. Gaspar miró el piso. Se encogió de hombros.

«¡Y basta! ¡No se hable más de eso!», decidió Andrés y se asustó de su propia voz, le parecía que sonaba como si papá lo hubiera dicho.

«¿Más...?», era Sara.

«Sí, ya lo conversamos... en el curso», tartamudeó Andrés.

«¿Ya te has disculpado con Andrés?».

Andrés quiso protestar. Era demasiado, suficiente, de sobra para él. Pero no dijo nada. Gaspar negó con la cabeza. Seguía mirando el piso.

«¡Entonces hazlo! ¿Qué esperas?».

«¡Perdón, Andrés! ¡Perdón, Sara!».

No sabía cómo hubiera terminado todo si no fuera porque la mamá de Sara llegó. Raquel estaba allí, mojada por la lluvia y con olor a aire fresco, con la pequeña en brazos y la otra

traviesa de la mano. Maya era la otra traviesa, quien se liberó de la mano de la mamá y corrió a la cama.

«¡¡Sara!!», gritaba feliz y se tiró encima de la cama, estaba a punto de golpear la pierna fracturada de Sara, pero ella oportunamente alcanzó a moverla.

«Chiquitita», dijo Sara y se inclinó sobre ella. Al parecer tenía muchos apodos. Raquel saludó a Gaspar con la mano y luego a Andrés. Su mano estaba caliente y la piel crujiente y seca.

«¿Para quién es el regalo?», preguntó. Gaspar estaba desconcertado. «Ah, toma», dijo y puso el regalo sobre la cama.

«Gracias». Sara empezó a abrirlo. Maya estiró los brazos, quería subir donde estaba Sara. La mamá la puso en los pies de la cama y le dijo que se quedara quieta. Pero de inmediato cruzó gateando el plumón hasta Sara, que le dio un beso y la puso entre sus piernas.

«¡Cuidado!». Apuntó a la pierna que estaba envuelta.

Era un libro. Andrés se lo había imaginado. Un libro o una barra de chocolate. Un nuevo juego de *PlayStation* hubiera tenido otra forma. Se titulaba: *Mi mejor amigo* y en la cubierta tenía la imagen de un caballo. Andrés podía ver que se alegró por el regalo. ¿Y él por qué seguía allí y no se había ido hace rato? Pero ahora tenía que esperar a que se fuera Gaspar. Desde luego, no se quería ir con él.

«¿Vas a la competencia de salto ecuestre el domingo?», le preguntó Raquel a Gaspar. Andrés le podría haber pateado la pierna si no hubiera sido la mamá de Sara.

Gaspar miró con cara de pregunta a Sara y luego a su mamá. «¿Salto ecuestre?»

«Sí. Sara iba a montar a Skipper...». Él se puso rojo como un tomate y miró para otro lado. «¡Pero ahora Andrés lo va a hacer en su lugar!». «¿Andrés?». La voz estaba llena de duda y sorpresa. No estaba escuchando bien. Andrés sintió que ahora era él quien cambiaba de color, sentía las mejillas calientes. Raquel asintió.

«Eehm, sí... quizás», dijo Gaspar. Luego dijo adiós y abandonó la habitación con pasos pesados. Seguido por los sonidos selváticos que salían de la tele.

Raquel suspiró, encontró una silla y se sentó. Después le pasó a la hermana más pequeña a Sara. Sara balbuceó y olvidó todo a su alrededor. Pero Maya no quiso ser olvidada. Tiraba del brazo de su hermana mayor: «¡Mírame!», parecía exigirle.

«Bueno... yo me tengo que ir», dijo Andrés. ¡La competencia era dentro de dos días! ¡Y ahora Gaspar también lo sabía!

Cuando se dio vuelta para irse, giró una última vez en la puerta y miró hacia la cama de Sara. Raquel había vuelto a tomar a la pequeña. Sara le tiró un beso que voló por el aire traído por alas invisibles y la melodía más bonita.

Lo sintió en la frente y estaba tan liviano que escuchaba los pájaros cantar, aunque era otoño, incluso sintió el calor del sol a través de la ropa, aunque faltaba poco para empezar a usar guantes y llovía demasiado, todo el tiempo.



CAPÍTULO 22

Era el domingo por la mañana, la semana había pasado demasiado rápido. Cuando el día despertó, Andrés se estiró en la cama. Era como si tuviera arena en los ojos. Aunque pestañeaba no ayudaba en nada. En silencio escuchaba los sonidos de la casa. El agua que caía en la ducha. Por los sonidos sabía que era papá que estaba en el baño: al salir siempre le daba un escalofrío y pegaba un grito parecido al que hacen los gorilas en la selva. Escuchaba también movimientos en la cocina, el agua de la llave, dentro de poco saldría el olor a café (que no le gustaba). Recordó además, todo lo que había pensado, soñado o casi experimentado durante la noche: ser un ganador y un perdedor por turno, morder el polvo, que Skipper se rehusaba, que se golpeaba la cabeza contra la barandilla... y que era hospitalizado con las sirenas sonando, incluso había oído: "De-dónde-vienes" de Gaspar y su risa burlona, que lo habían llamado pedazo de mierda y mamón, niño mimado de mamá, y "¿quién sería tu papá, si tu mamá es una puta?".

Cuando mamá lo llamó, restregó los ojos. «Casi no he dormido», bostezó. Mamá le acarició el pelo. «Levántate mi jinete», sonrió. «Papá ha ido por pan fresco». Pero mamá tampoco tenía pinta de haber dormido bien, de haber tenido un sueño reparador. Tenía unas ojeras que le colgaban hasta el piso y sus movimientos eran lentos.

Durante el desayuno no pudo comer nada. Tomás quiso arremeter contra él, pero se detuvo. Se iban a encontrar con Sara allá y los papás de Sara se encargarían de llevar a Skipper al lugar de la competencia.

El estómago de Andrés daba vueltas, casi como si fuera a vomitar.

El claro favorito de la carrera ha sufrido un malestar estomacal repentino. ¿Uno se pregunta si puede ser una intoxicación? O, ¿porque hay miedo de que se lleve el trofeo? Por el momento es examinado por un especialista en malestares estomacales. ¿Alguien podría haber metido jugo de un heracleum en su té?

Papá lo miraba. «¡Ánimo, hijo!», dijo, se levantó y se llevó la taza a la cocina. «¡Recuerda que, de todos modos, te regalaremos una bici si quedas último!».

«¡Qué injusto!», opinaba Tomás.

Ayudó cuando entró al establo y estaba rodeado por el olor familiar y escuchaba los pasitos de los caballos: había de varias razas, incluso pura

sangre. También había ponis, pero no les daba importancia. Cuando lo vio, Skipper emitió el sonido que significaba hola, moviendo el hocico. Lo dejó mordisquear su pelo. Después se puso el casco y estaba listo para subirse a la silla de montar.

«Oye, espera un poco», dijo la mamá de Sara. «Primero debes caminar la vuelta en la cancha».

«¿Qué? ¿Por qué?».

«Para poder orientarte: mirar la distribución de los obstáculos, cómo están ubicados». Cruzándose con los otros jinetes y sus ayudantes caminaba detrás de Raquel, que con pasos largos medía la distancia entre los obstáculos. Apuntaba y contaba... y mira lo ancho que es este... y aquí está el doble, aquí debes... ¡Y escuchaba y escuchaba hasta casi sentir que sus orejas crecían! Tuvieron que apartarse un poco para dejar pasar el tractor que venía con un gran rastrillo aplanando la mezcla de arena, aserrín y astillas de los jinetes que ya habían montado y ahora podían respirar aliviados o en los peores casos, frustrados por los resultados.

Por todos lados caminaban niños con largas botas de equitación negras y ajustados pantalones blancos y una chaqueta corta. Sara le había prestado su chaqueta a Andrés, pero tuvo que comprar botas de equitación y pantalones de montar. «No importa», había dicho mamá, aunque había sido caro. «Ahora que no practicas fútbol...».

Un olor a papas fritas y chocolate caliente se mezcló con el de paja y caballos. Y al final de la pista había una bandera danesa puesta sobre unas fajas.

A Andrés no le gustaba caminar por la pista donde todo el público lo podía ver, a pesar de que Raquel lo acompañaba. Escuchó que Tomás gritaba su nombre, pero no quiso levantar la mirada.

Después Raquel lo ayudó a subirse a la silla de montar. Ella ya le había puesto los protectores de piernas a Skipper. ¡Estaba tan hermoso! La mancha ancha y blanca en la frente, las crines negras y bien peinadas. El cabezal con las pequeñas perlas que brillaban sobre su frente. Y la cola... sin ni una brizna de paja.

«¡Bien, no se ha revolcado!», dijo Raquel. «¡Mira cómo brilla!». Raquel le sacó la manta.

A Andrés solo le faltaba Sara. ¿Dónde estaba?

Pero antes de que alcanzara a preguntar, llegó en la silla de ruedas con su papá empujándola. «Suerte», susurró y acarició a Skipper, solo hasta donde podía alcanzar. Sus ojos brillaban y temía que fuera a llorar.

«Vamos a buscar un lugar para sentarnos», dijo el papá y empujó la silla. Sara se dio vuelta y le mostró dos dedos cruzados.

«Solo haz tu mejor esfuerzo», dijo Raquel y tomó su mano. ¿Se daría cuenta de que le sudaban las manos? Ella tomó las riendas y guió a Skipper al lugar donde partían. Ya había algunos caballos con sus jinetes. Habían casi solo niñas y

parecía que todas se conocían porque conversaban mucho. Volvió el malestar estomacal. Pero entonces se inclinó un poco sobre Skipper, le acarició el cuello y dijo: «No te sientas nervioso, Skipper. ¡Hagamos nuestro mejor esfuerzo!».

No quería mirar al público, pero no pudo resistirse. Cuando levantó la mirada vio a Tomás parado en la primera fila saludando con ambos brazos. Entonces salió el sol detrás de una nube, se encandiló y tuvo que mirar para otro lado. Pero le hizo una seña a su hermano. La señal secreta. Entonces Tomás sabía que Andrés lo había visto.

Skipper caminaba nerviosamente al paso en el encierro, mientras él estaba allí arriba solo debajo de las nubes, sentía el cuerpo caliente debajo de él y los movimientos de Skipper.

CAPÍTULO 23

Hacia donde mirara había caballos con jinetes jóvenes. Algunos mantenían sus cabalgaduras en movimiento, las hacían trotar. Otros solo esperaban como Andrés. Las orejas de los animales se movían de un lado a otro como si no quisieran perderse ningún sonido. Por el altavoz informaron el orden de salida y, por ende, los números que iban a tener. Andrés y Skipper entraban con el número ocho. Tenían que estar listos. El orden se había sorteado. Al lado de las barras, habían unos hombres listos para recogerlas cuando se cayeran. A veces también pasaban el rastrillo para rellenar los hoyos demasiado grandes en el suelo de la pista provocados por los cascos del caballo.

No podía resistirse a seguir los puntajes de los otros, sus derribos y los rehúso del caballo, aunque no quería distraerse. Cuando escuchaba las barras caer, suspiraba profundo. Solo uno antes de él lo había logrado sin derribar ninguno de los obstáculos.

Skipper movía las orejas hacia adelante y atrás y daba pasitos nerviosos como si también estuviera esperando la señal de Andrés y partir.

¡Y de repente llega su turno! ¡Un sonido agudo en el altavoz significaba que podía comenzar y desde ese momento corría el reloj!

«¡Ya Skipper!», dijo y apretó con las piernas los costados del caballo, le metió primera. Skipper se movió de lado hacia el primer obstáculo. Lo hizo girar. ¡Y luego a toda velocidad contra él!

¡Era difícil! Pero se decía a sí mismo: ¡cuidado Andrés, no demasiado rápido! ¡Inclínate! ¡Sí! ¡Skipper lo logró! ¡Y también el próximo! Escuchaba que alguien aplaudía.

¡Está flotando! Skipper tiene alas y no toca la tierra para nada. Ahora están justo debajo de las nubes, los algodones blancos que casi se pueden pisar cuando uno está en un avión. Y muy lejos, abajo, se escucha la aclamación del público. ¿Cómo es posible? ¡Su caballo puede volar! Nunca lo habían visto antes. ¡Y más encima con un niño de cuarto, con pecas!

Pero entonces empezaron los derribos... ¡primero uno, después el otro! Tenía que ponerse las pilas. Se inclinó sobre el cuello de Skipper, apretó con las piernas los costados del caballo... ¡demasiado temprano! Se dio vuelta en la silla de montar para mirar. ¡Innecesario porque había escuchado que la barra cayó! Skipper meneó la cabeza, la espuma en su boca caía como cascada a su alrededor. Otro obstáculo, el último. ¡Escuchó el sonido de los cascos contra la barra... pero no se cayó! ¡Bien hecho, Skipper!

No ganaría, para nada. Pero lo había completado. Había terminado. Skipper baja a trote. Andrés no quiso escuchar lo que decían por el altavoz.

Skipper mordió el bocado y tenía saliva alrededor de la boca. Andrés lo acarició. «Te mereces tus zanahorias», dijo y sintió que la piel estaba mojada. Y de repente paró. Justo delante de Sara. «¡Bien Skipper... bien Andrés!», dijo y tenía pinta de querer levantarse de la silla de ruedas.

Raquel llegó con una sonrisa gigante. «Vas a tener un lugar, estoy segura», dijo y tomó su mano. «¡Lo lograste dentro del tiempo límite... fuiste muy rápido!».

«Vamos a ver», dijo el papá y acarició a Skipper.

Mamá llegó lo más rápido que pudo en sus zapatos elegantes que no encajaban allí, donde los cascos de los caballos habían hecho hoyos de lodo, y ¡cuidado con las bostas de caballo, mamá! Su sombrero estaba chueco, pero no importaba, nada importaba, sonreía y parecía casi una chica joven, sus ojos estaban brillantes. «¡Andrés, mi pequeño!». ¡Estaba tan orgullosa, como si hubiera ganado el *Derby*!

Y Tomás sacaba fotos sin parar con su nueva cámara digital. «¡Mamá se tapaba los ojos cada vez que saltabas!», decía entre risas. Sacó otra foto sin avisar.

La gente se empujaba entre sí, el diario *Dagbladet* también estaba allí, y los periodistas que iban

a hablar con el ganador, y ¿cómo fue para Sara? ¿Y dónde estaba Sara? En ese instante sonó su nombre por altavoz. Empezaron con el quinto lugar. Y su nombre. ¡Andrés Albornoz! Se sentó derecho en la silla de montar. ¿Podría ser verdad? ¿Podría haber otro jinete con el mismo nombre?

«¡Felicidades hijo!!», dijo papá. «¡Andrés, el nombre de un ganador!». Papá tomó su bota y lo apretó un poco, ¡Ahora vamos a tomar champañá! ¡Y la próxima competencia será carrera con obstáculos!

«¡Ah, papá..!», le daba vergüenza cuando decía cosas así. No había ganado. Pero varios llegaron a felicitarlo. Papá conversaba con el papá de Sara y se reía, Andrés pensaba que ahora seguramente estaba contando chistes y, ¿qué pensaría el papá de Sara? Además, ¡cuando papá se reía resonaba como truenos! Pero vio que el papá de Sara se sonreía. Raquel ayudó a Andrés a bajarse y llevó a Skipper al establo. En el medio de la maraña de papás, niños, amigos, curiosos... y caballos dando pasos rítmicos se repartían vasos de plástico con un líquido claro con burbujas.

Y de repente estaba Gaspar allí. Era como si toda la gente hubiera desaparecido y solo quedaban él y Gaspar. Allí, en la pista debajo del sol y entre el murmullo de gente y el vapor de las bostas de caballo. «¡Felicidades Andrés!», dijo.

Andrés le devolvió la mirada. «¡Gracias!».

Entonces Gaspar desapareció y las voces volvieron. Andrés meneó la cabeza, ¿había sido un sueño? Pero entonces vio una nuca rosada desaparecer en la maraña de gente.

El quinto lugar también recibía un listón de premio. Andrés lo recibió con una reverencia que haría orgullosa una madre. Volvió al grupo de gente y tuvo que mostrar su premio.

Papá le dio a Andrés un vaso, pero la bebida clara punteaba la nariz y no tenía buen sabor. Había bebida para los niños y entrega de medallas y apretones de manos, «por supuesto te regalaremos una bicicleta igual Andrés», dijo papá. Andrés estaba medio mareado.

Vio que había bebidas y sacó dos de la caja. Tenía que encontrar a Sara y darle la zanahoria a Skipper que se merecía.

En el establo, Andrés entró al box de Skipper y tocó su hocico. «¡Muy bien hecho, Skipper!». Le acarició el pecho y dejó que comiera su zanahoria.

Raquel ya le había sacado la silla de montar, el cabezal elegante y había tapado su lomo sudado con una manta.

¿Dónde podría estar Sara? Primero buscó en el establo, pero no la veía por ninguna parte. ¡No podía desaparecer en una silla de ruedas! Dentro de los boxes de los caballos... pero ¿qué haría en los boxes de los otros caballos y en una silla de ruedas? ¿Dónde estaba Raquel para preguntarle?

A lo largo del muro exterior del establo la encontró finalmente. Estaba en el sol con los ojos cerrados. Su boca tiritaba un poco. Él se aclaró la voz. Ella se sobresaltó. «¿Ah, eres tú?», la voz sonaba raro. Tomó un pañuelo y se sonó la nariz.

Él se sentó frente a ella y le pasó una bebida.

Lo miró a los ojos hasta que ya era casi incómodo. «Lo hiciste muy bien, tontito», susurró.

No importaba que le dijera "tontito", y sí, había algo en su sonrisa o quizás eran sus dientes chuecos... y esos rulos en la frente. Y sí, su mano era suave.